ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Alice's Adventures in Wonderland



LEWIS CARROLL

Novela en doce capítulos

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Sobre esta traducción

Adaptado del inglés gracias a LeyThra.

Esta es una traducción **completa** de *Alice's Adventures in Wonderland* (1865), de Lewis Carroll (1832-1898), obra de dominio público. No hay resúmenes ni añadidos: están los doce capítulos, con sus versos y canciones. El texto base es el de la edición inglesa de Project Gutenberg (eBook n.º 928); no se reutilizó ninguna traducción anterior al español: la traducción es un trabajo nuevo.

Se tradujo a un español neutro de Latinoamérica. En general Alicia trata de «usted» a los personajes de autoridad o que la tratan con distancia (la Oruga, el Sombrerero, el Rey y la Reina) y tutea a quienes siente más cercanos; hay variaciones según el ánimo de cada conversación. Se omitieron las referencias a las ilustraciones de la edición original, que no forman parte de esta edición. Las medidas inglesas (pulgadas, pies, millas) se pasaron al sistema métrico.

El libro está lleno de juegos de palabras que no pasan literalmente de un idioma a otro. Cuando fue posible se buscó un juego equivalente en español, y no una nota al pie. Los casos principales se explican en las «Notas de la traducción» del final.

La traducción la realizó Claude, una inteligencia artificial de Anthropic.

Índice

CAPÍTULO I · Por la madriguera del Conejo **4**

CAPÍTULO II · El charco de lágrimas **12**

CAPÍTULO III · Una carrera de comité y un cuento largo **20**

CAPÍTULO IV · El Conejo manda un pequeño Bill **28**

CAPÍTULO V · Consejos de una Oruga **38**

CAPÍTULO VI · Cerdo y pimienta **48**

CAPÍTULO VII · Una merienda de locos **59**

CAPÍTULO VIII · El campo de croquet de la Reina **70**

CAPÍTULO IX · La historia de la Falsa Tortuga **80**

CAPÍTULO X · La cuadrilla de la Langosta **90**

CAPÍTULO XI · ¿Quién robó las tartas? **99**

CAPÍTULO XII · La declaración de Alicia **107**

Notas de la traducción **117**

CAPÍTULO I

Por la madriguera del Conejo

Alicia empezaba a cansarse muchísimo de estar sentada junto a su hermana a la orilla del río, sin tener nada que hacer: una o dos veces había echado un vistazo al libro que su hermana leía, pero no tenía dibujos ni conversaciones, «y ¿de qué sirve un libro —pensó Alicia— sin dibujos ni conversaciones?».

Así que estaba pensando, como buenamente podía (pues el día caluroso la hacía sentirse muy soñolienta y atontada), si el placer de hacer una cadena de margaritas valdría la molestia de levantarse a recoger las margaritas, cuando de pronto pasó corriendo cerca de ella un Conejo Blanco de ojos rosados.

No había nada muy extraordinario en eso; ni a Alicia le pareció tampoco demasiado raro oír al Conejo decirse a sí mismo: «¡Ay, ay! ¡Ay, ay! ¡Voy a llegar tarde!». (Cuando lo pensó después, se le ocurrió que debería haberse extrañado de ello, pero en ese momento todo le pareció de lo más natural.) Pero cuando el Conejo sacó de verdad un reloj del bolsillo de su chaleco, lo miró y siguió corriendo apresurado, Alicia se puso en pie de un salto, pues se le ocurrió de repente que nunca había visto un conejo con bolsillo en el chaleco ni con un reloj que sacar de él; y ardiendo de curiosidad, echó a correr por el campo tras él,

y por fortuna llegó justo a tiempo de verlo meterse en una gran madriguera que había bajo el seto.

Un instante después, Alicia se metió tras él, sin pensar ni una sola vez cómo se las arreglaría para salir de allí.

La madriguera seguía recta como un túnel durante un trecho, y luego se hundía de pronto, tan de pronto que Alicia no tuvo ni un momento para pensar en detenerse antes de verse cayendo por un pozo muy profundo.

O bien el pozo era muy profundo, o bien ella caía muy despacio, porque tuvo tiempo de sobra, mientras descendía, para mirar a su alrededor y preguntarse qué iba a pasar a continuación. Primero intentó mirar hacia abajo para distinguir adónde iba a parar, pero estaba demasiado oscuro para ver nada; luego miró las paredes del pozo y vio que estaban llenas de armarios y estantes de libros; aquí y allá vio mapas y cuadros colgados de clavijas. Al pasar tomó un tarro de uno de los estantes; llevaba una etiqueta que decía «MERMELADA DE NARANJA», pero, con gran decepción suya, estaba vacío: no quiso soltar el tarro por miedo a matar a alguien, así que se las arregló para dejarlo en uno de los armarios mientras caía junto a él.

«¡Vaya! —pensó Alicia—. Después de una caída como esta, ¡no me importará nada rodar por las escaleras! ¡Qué valiente me van a creer todos en casa! ¡Pero si no diría ni una palabra, aunque me cayera del techo de la casa!» (Lo cual era muy probablemente cierto.)

Abajo, abajo, abajo. ¿Es que la caída no iba a acabar nunca? «Me pregunto cuántas millas habré caído ya —dijo

en voz alta—. Debo de estar llegando cerca del centro de la Tierra. A ver: eso serían cuatro mil millas de profundidad, creo...» (pues, ya ven, Alicia había aprendido varias cosas de este tipo en sus lecciones de la escuela, y aunque esta no era una ocasión muy buena para lucir sus conocimientos, ya que no había nadie que la escuchara, de todos modos era un buen ejercicio repetirlas) «...sí, esa es más o menos la distancia correcta... pero entonces me pregunto a qué Latitud o Longitud habré llegado». (Alicia no tenía ni idea de lo que era la Latitud, ni la Longitud tampoco, pero le parecían palabras bonitas y grandiosas de decir.)

Poco después empezó de nuevo: «¡Me pregunto si caeré a través de toda la Tierra! ¡Qué gracioso será salir entre la gente que anda con la cabeza hacia abajo! Los Antipatías, creo...» (se alegró bastante de que esta vez no hubiera nadie escuchando, pues no sonaba nada como la palabra correcta) «...pero tendré que preguntarles cómo se llama el país, ya saben. Por favor, señora, ¿esto es Nueva Zelanda o Australia?» (y trató de hacer una reverencia mientras hablaba... ¡imaginen hacer una reverencia mientras uno cae por el aire! ¿Creen que podrían lograrlo?) «¡Y qué niña ignorante pensará que soy por preguntar! No, no puedo preguntar: quizá lo vea escrito en algún sitio».

Abajo, abajo, abajo. No había otra cosa que hacer, así que Alicia pronto empezó a hablar otra vez. «¡Creo que Dina me echará mucho de menos esta noche!» (Dina era la gata.) «Espero que se acuerden de su platito de leche a la

hora del té. ¡Dina, querida! ¡Cuánto quisiera que estuvieras aquí abajo conmigo! Me temo que no hay ratones en el aire, pero podrías cazar un murciélago, que se parece mucho a un ratón, ¿sabes? Pero ¿comerán los gatos murciélagos?, me pregunto». Y aquí Alicia empezó a sentir mucho sueño, y siguió diciéndose a sí misma, como en sueños: «¿Comen los gatos murciélagos? ¿Comen los gatos murciélagos?», y a veces: «¿Comen los murciélagos gatos?», porque, ya ven, como no podía responder ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cómo las formulara. Sintió que se estaba quedando dormida, y acababa de empezar a soñar que caminaba de la mano con Dina y le decía muy en serio: «Ahora, Dina, dime la verdad: ¿alguna vez te comiste un murciélago?», cuando de repente, ¡pum, pum!, cayó sobre un montón de ramitas y hojas secas, y la caída terminó.

Alicia no se había hecho ningún daño, y se puso de pie de un salto en un momento: miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro sobre su cabeza; ante ella había otro largo pasillo, y el Conejo Blanco todavía estaba a la vista, apresurándose por él. No había un momento que perder: Alicia salió corriendo como el viento, y llegó justo a tiempo para oírle decir, al doblar una esquina: «¡Por mis orejas y mis bigotes, qué tarde se está haciendo!». Estaba pisándole los talones cuando dobló la esquina, pero el Conejo ya no se veía: se encontró en una sala larga y baja, iluminada por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

Había puertas alrededor de toda la sala, pero estaban todas cerradas con llave; y cuando Alicia hubo recorrido todo un lado y vuelto por el otro, probando cada puerta, caminó tristemente por el medio, preguntándose cómo iba a salir de allí.

De pronto se topó con una mesita de tres patas, toda de cristal macizo; no había nada sobre ella salvo una diminuta llave de oro, y la primera idea de Alicia fue que podría pertenecer a una de las puertas de la sala; pero, ¡ay!, o bien las cerraduras eran demasiado grandes, o bien la llave era demasiado pequeña, pero fuera como fuera, no abría ninguna. Sin embargo, la segunda vez que dio la vuelta descubrió una cortina baja en la que no había reparado antes, y detrás había una puertecita de unas quince pulgadas de alto: probó la llavecita de oro en la cerradura, ¡y con gran alegría suya encajó!

Alicia abrió la puerta y vio que daba a un pasaje pequeño, no mucho más grande que una ratonera: se arrodilló y miró a lo largo del pasaje, hacia el jardín más hermoso que se pueda imaginar. ¡Cuánto deseaba salir de aquella sala oscura y pasear entre aquellos macizos de flores brillantes y aquellas frescas fuentes! Pero ni siquiera podía pasar la cabeza por la puerta: «y aunque mi cabeza pasara —pensó la pobre Alicia— de poco serviría sin mis hombros. ¡Ay, cómo quisiera poder plegarme como un telescopio! Creo que podría, si tan solo supiera cómo empezar». Porque, ya ven, habían ocurrido tantas cosas fuera de lo común últimamente, que Alicia había empezado a pensar que muy pocas cosas eran realmente

imposibles.

No parecía servir de nada esperar junto a la puertecita, así que volvió a la mesa, con la media esperanza de encontrar en ella otra llave, o al menos un libro de reglas para plegar a la gente como telescopios: esta vez encontró sobre ella una botellita («que sin duda no estaba aquí antes», dijo Alicia), y alrededor del cuello de la botella había una etiqueta de papel con las palabras «BÉBEME» primorosamente impresas en grandes letras.

Estaba muy bien decir «Bébeme», pero la sabia Alicia no iba a hacerlo con prisas. «No, primero miraré —dijo— y veré si está marcada como "veneno" o no»; pues había leído varias historias muy bonitas sobre niños que se habían quemado, o que habían sido devorados por fieras y otras cosas desagradables, todo porque no quisieron acordarse de las sencillas reglas que sus amigos les habían enseñado: como, por ejemplo, que un atizador al rojo vivo te quema si lo sostienes demasiado tiempo; y que si te cortas muy hondo el dedo con un cuchillo, por lo general sangra; y nunca había olvidado que, si bebes mucho de una botella marcada como «veneno», es casi seguro que tarde o temprano te sentará mal.

Sin embargo, esta botella no estaba marcada como «veneno», así que Alicia se atrevió a probarla, y, al encontrarla muy rica (tenía, en realidad, un sabor mezclado de tarta de cerezas, natillas, piña, pavo asado, caramelo y tostada caliente con mantequilla), enseguida se la acabó.

* * * * *

—¡Qué sensación tan curiosa! —dijo Alicia—. Debo de estar plegándome como un telescopio.

Y así era, en efecto: ahora medía solo diez pulgadas de alto, y su rostro se iluminó al pensar que ya tenía el tamaño justo para pasar por la puertecita y llegar a aquel hermoso jardín. Primero, sin embargo, esperó unos minutos para ver si seguía encogiéndose: se sentía un poco nerviosa por esto; «porque podría terminar, ya sabes —se dijo Alicia—, en que me apague del todo, como una vela. Me pregunto cómo sería yo entonces». Y trató de imaginar cómo es la llama de una vela después de que la vela se apaga, pues no recordaba haber visto nunca tal cosa.

Al cabo de un rato, viendo que no ocurría nada más, decidió entrar de una vez en el jardín; pero, ¡pobre Alicia!, cuando llegó a la puerta descubrió que había olvidado la llavecita de oro, y cuando volvió a la mesa por ella vio que le era imposible alcanzarla: la veía perfectamente a través del cristal, e hizo lo posible por trepar por una de las patas de la mesa, pero estaba demasiado resbaladiza; y cuando se hubo cansado de intentarlo, la pobrecita se sentó y lloró.

—¡Vamos, no sirve de nada llorar así! —se dijo Alicia con cierta aspereza—. ¡Te aconsejo que lo dejes ahora mismo!

Solía darse a sí misma muy buenos consejos (aunque muy rara vez los seguía), y a veces se regañaba con tanta severidad que se le saltaban las lágrimas; y una vez recordó haber intentado darse un tirón de orejas por

haberse hecho trampa en una partida de croquet que jugaba contra sí misma, pues aquella curiosa niña era muy aficionada a fingir que era dos personas. «Pero ahora no sirve de nada —pensó la pobre Alicia— fingir que soy dos personas. ¡Si apenas queda de mí lo bastante para hacer una persona respetable!».

Pronto su mirada cayó sobre una cajita de cristal que había bajo la mesa: la abrió y encontró dentro un pastelito muy pequeño, sobre el cual estaban primorosamente marcadas con pasas de Corinto las palabras «CÓMEME». «Bueno, me lo comeré —dijo Alicia—, y si me hace crecer, podré alcanzar la llave; y si me hace encoger, podré colarme por debajo de la puerta; así que de un modo u otro llegaré al jardín, ¡y no me importa lo que ocurra!».

Comió un poquito, y se dijo con ansiedad: «¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?», con la mano sobre la cabeza para notar hacia dónde crecía, y se sorprendió mucho al ver que seguía del mismo tamaño: a decir verdad, esto es lo que suele ocurrir cuando se come pastel, pero Alicia se había acostumbrado tanto a esperar solo cosas extraordinarias que le parecía aburrido y tonto que la vida siguiera su curso normal.

Así que se puso manos a la obra, y enseguida acabó con el pastel.

* * * * *

CAPÍTULO II

El charco de lágrimas

—¡Cada vez más curioso, más curioso! —exclamó Alicia (estaba tan sorprendida que por un momento olvidó por completo cómo hablar correctamente)—. ¡Ahora me estoy abriendo como el telescopio más grande que existió jamás! ¡Adiós, pies! (pues cuando miró hacia sus pies, casi se perdían de vista, de lo lejos que se iban quedando). ¡Ay, mis pobres piececitos, me pregunto quién les pondrá ahora los zapatos y las medias, queridos! ¡Estoy segura de que yo no podré! Estaré demasiado lejos para molestarme por ustedes: tendrán que arreglárselas como mejor puedan; pero debo ser amable con ellos —pensó Alicia—, ¡o tal vez no caminen hacia donde yo quiero ir! A ver: les regalaré un par de botas nuevas cada Navidad.

Y siguió planeando cómo se las arreglaría. «Tendrán que ir por mensajería —pensó—; ¡y qué gracioso será enviar regalos a los propios pies! ¡Y qué raras se verán las señas!

AL SEÑOR PIE DERECHO DE ALICIA

ALFOMBRA DE LA CHIMENEA,

JUNTO AL GUARDAFUEGO

(CON EL CARIÑO DE ALICIA).

¡Ay, qué tonterías estoy diciendo!».

En ese momento su cabeza dio contra el techo de la sala: de hecho, ahora medía más de nueve pies de alto, y de inmediato tomó la llavecita de oro y se apresuró hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Era todo lo que podía hacer, tumbada de costado, mirar con un ojo hacia el jardín; pero pasar al otro lado era más imposible que nunca: se sentó y empezó a llorar otra vez.

—Debería darte vergüenza —dijo Alicia—, una niña tan grande como tú —(bien podía decirlo)—, ¡seguir llorando de este modo! ¡Para ahora mismo, te lo digo!

Pero siguió igual, derramando galones de lágrimas, hasta que se formó a su alrededor un gran charco, de unas cuatro pulgadas de profundidad, que se extendía hasta la mitad de la sala.

Pasado un tiempo oyó un pequeño ruido de pasitos a lo lejos, y se secó rápidamente los ojos para ver qué venía. Era el Conejo Blanco que regresaba, espléndidamente vestido, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra: venía trotando con gran prisa, murmurando para sí mientras avanzaba: «¡Ay, la Duquesa, la Duquesa! ¡Ay, se pondrá hecha una furia si la hago esperar!». Alicia se sentía tan desesperada que estaba dispuesta a pedir ayuda a cualquiera; así que, cuando el Conejo se acercó, empezó, con voz baja y tímida: «Por favor, señor…». El Conejo dio un violento respingo, dejó caer los guantes blancos de cabritilla y el abanico, y se escabulló hacia la oscuridad tan deprisa como pudo.

Alicia recogió el abanico y los guantes y, como la sala hacía mucho calor, siguió abanicándose todo el tiempo que estuvo hablando: «¡Cielos, cielos! ¡Qué raro está todo hoy! Y ayer las cosas iban como siempre. Me pregunto si me habrán cambiado durante la noche. A ver: ¿era la misma cuando me levanté esta mañana? Casi creo recordar que me sentía un poco distinta. Pero si no soy la misma, la siguiente pregunta es: ¿quién soy yo en el mundo? ¡Ah, ese es el gran enigma!». Y empezó a pensar en todos los niños que conocía de su misma edad, para ver si podían haberla cambiado por alguno de ellos.

—Estoy segura de que no soy Ada —dijo—, porque su pelo cae en rizos tan largos, y el mío no cae en rizos en absoluto; y estoy segura de que no puedo ser Mabel, porque yo sé toda clase de cosas, y ella, ¡oh!, ella sabe tan poquito. Además, ella es ella y yo soy yo, y... ¡ay, qué desconcertante es todo! Probaré si sé todo lo que solía saber. A ver: cuatro por cinco son doce, y cuatro por seis son trece, y cuatro por siete son... ¡ay, ay! ¡Así no llegaré nunca a veinte! Sin embargo, la tabla de multiplicar no importa: probemos con la Geografía. Londres es la capital de París, y París es la capital de Roma, y Roma... no, ¡todo esto está mal, estoy segura! ¡Me han cambiado por Mabel! Probaré a decir «Cómo la pequeña...». —Y se cruzó las manos sobre el regazo como si estuviera recitando la lección, y empezó a repetirlo, pero su voz sonaba ronca y extraña, y las palabras no le salían como solían salirle:

¡Cómo mejora el pequeño cocodrilo
su reluciente cola,
y vierte las aguas del Nilo

sobre cada escama de oro!
|
¡Qué alegre parece sonreír,
qué pulcro extiende las garras,
y recibe a los pececillos
con sus fauces de suave sonrisa!

—Estoy segura de que esas no son las palabras correctas —dijo la pobre Alicia, y sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas mientras seguía—: Después de todo debo de ser Mabel, y tendré que ir a vivir en esa casita estrecha, y no tendré casi juguetes con los que jugar, y ¡ay!, ¡un sinfín de lecciones que aprender! No, lo he decidido: si soy Mabel, ¡me quedaré aquí abajo! De nada servirá que metan la cabeza por aquí y digan: «¡Vuelve a subir, querida!». Yo solo miraré hacia arriba y diré: «¿Quién soy entonces? Díganmelo primero, y luego, si me gusta ser esa persona, subiré; si no, me quedaré aquí hasta ser otra persona»... ¡pero, ay! —exclamó Alicia, con un repentino arrebato de llanto—, ¡cuánto quisiera que metieran la cabeza por aquí! ¡Estoy tan cansada de estar tan sola aquí!

Mientras decía esto miró sus manos y se sorprendió al ver que se había puesto uno de los pequeños guantes blancos de cabritilla del Conejo mientras hablaba. «¿Cómo he podido hacerlo? —pensó—. Debo de estar volviendo a encogerme». Se levantó y fue a la mesa para medirse con ella, y comprobó que, hasta donde podía calcular, ahora medía unos dos pies de alto y seguía encogiéndose rápidamente: pronto descubrió que la causa era el abanico que sostenía, y lo soltó a toda prisa, justo a tiempo para

evitar desaparecer del todo.

—¡Qué escapada por los pelos! —dijo Alicia, bastante asustada por el cambio repentino, pero muy contenta de seguir existiendo—. ¡Y ahora, al jardín! —y corrió a toda velocidad de vuelta a la puertecita; pero, ¡ay!, la puertecita estaba cerrada de nuevo, y la llavecita de oro seguía sobre la mesa de cristal como antes—, «y las cosas están peor que nunca —pensó la pobre niña—, porque nunca había sido tan pequeña, ¡nunca! ¡Y declaro que es demasiado, de veras!».

Mientras decía estas palabras, el pie se le resbaló, y un instante después, ¡chof!, estaba metida hasta la barbilla en agua salada. Su primera idea fue que había caído de algún modo en el mar, «y en ese caso puedo volver en tren», se dijo. (Alicia había estado en la playa una vez en su vida, y había llegado a la conclusión general de que, vayas adonde vayas en la costa inglesa, encuentras un montón de casetas de baño en el mar, algunos niños cavando en la arena con palas de madera, luego una hilera de casas de huéspedes, y detrás de ellas una estación de ferrocarril.) Sin embargo, pronto comprendió que estaba en el charco de lágrimas que había llorado cuando medía nueve pies de alto.

—¡Ojalá no hubiera llorado tanto! —dijo Alicia, mientras nadaba tratando de encontrar la salida—. ¡Supongo que ahora me castigarán por ello ahogándome en mis propias lágrimas! ¡Eso sí que será una cosa rara! Aunque, en fin, hoy todo es raro.

En ese momento oyó algo que chapoteaba en el charco, a poca distancia, y nadó más cerca para ver qué era: al principio pensó que debía de ser una morsa o un hipopótamo, pero luego recordó lo pequeña que era ahora, y enseguida comprendió que solo era un ratón que había resbalado como ella.

«¿Serviría de algo ahora —pensó Alicia— hablarle a este ratón? Todo es tan fuera de lo común aquí abajo, que sería muy probable que pudiera hablar; en todo caso, no hay mal en intentarlo». Así que empezó: —¡Oh, Ratón!, ¿sabes cuál es la salida de este charco? ¡Estoy muy cansada de nadar por aquí, oh, Ratón! —(Alicia pensó que esa debía de ser la manera correcta de hablarle a un ratón: nunca lo había hecho, pero recordaba haber visto en la Gramática Latina de su hermano: «Un ratón... de un ratón... a un ratón... un ratón... ¡oh, ratón!»). El Ratón la miró con cierta curiosidad, y le pareció que guiñaba uno de sus ojillos, pero no dijo nada.

«Quizá no entiende el español —pensó Alicia—; me parece que es un ratón francés, llegado con Guillermo el Conquistador». (Pues, con todo lo que sabía de historia, Alicia no tenía una idea muy clara de hace cuánto había ocurrido cada cosa.) Así que empezó de nuevo: —«Où est ma chatte?» —que era la primera frase de su libro de lecciones de francés. El Ratón dio un brusco salto fuera del agua y pareció temblar de miedo de pies a cabeza.—¡Oh, te pido perdón! —exclamó Alicia apresuradamente, temiendo haber herido los sentimientos del pobre animal—. Olvidé por completo que no te gustan los gatos.

—¡Que no me gustan los gatos! —gritó el Ratón con voz aguda y apasionada—. ¿Te gustarían a ti los gatos, si fueras yo?

—Bueno, quizá no —dijo Alicia con tono apaciguador—; no te enojes por eso. Y sin embargo, ojalá pudiera mostrarte a nuestra gata Dina: creo que te encariñarías con los gatos si solo la vieras. Es una cosita tan querida y tranquila —siguió Alicia, medio para sí, mientras nadaba perezosamente por el charco—, y se sienta ronroneando tan bonito junto al fuego, lamiéndose las patas y lavándose la cara... y es tan suave y agradable para arrullar... y es tan buena para cazar ratones... ¡oh, te pido perdón! —exclamó Alicia otra vez, porque esta vez el Ratón tenía todo el pelo erizado, y estaba segura de que debía de estar verdaderamente ofendido—. No hablaremos más de ella si prefieres que no.

—¡Hablaremos, dice! —gritó el Ratón, que temblaba hasta la punta de la cola—. ¡Como si yo fuera a hablar de semejante tema! Nuestra familia siempre odió a los gatos: ¡criaturas asquerosas, bajas, vulgares! ¡No me hagas oír ese nombre otra vez!

—¡No lo haré, desde luego! —dijo Alicia, con mucha prisa por cambiar de tema de conversación—. ¿Te... te gustan... los... los perros? —El Ratón no respondió, así que Alicia siguió con entusiasmo—: ¡Hay un perrito tan bonito cerca de nuestra casa que me gustaría mostrarte! Un terrier pequeñito de ojos brillantes, ¿sabes?, con ¡oh!, un pelo marrón tan largo y rizado. Y trae las cosas cuando se las lanzas, y se sienta sobre las patas traseras a pedir su

cena, y toda clase de cosas... no recuerdo ni la mitad... y es de un granjero, ¿sabes?, y él dice que es tan útil que vale cien libras. Dice que mata a todas las ratas y... ¡ay, ay! —exclamó Alicia con tono afligido—. ¡Me temo que lo he ofendido otra vez! —Pues el Ratón se alejaba de ella nadando con todas sus fuerzas, y armaba un buen revuelo en el charco mientras iba.

Así que lo llamó suavemente: —¡Ratón querido! ¡Vuelve, por favor, y no hablaremos de gatos ni de perros tampoco, si no te gustan! —Cuando el Ratón oyó esto, dio media vuelta y nadó despacio hacia ella: tenía la cara muy pálida (de rabia, pensó Alicia), y dijo con voz baja y temblorosa: —Vayamos a la orilla, y allí te contaré mi historia, y entenderás por qué odio a los gatos y a los perros.

Ya era hora de irse, porque el charco se estaba llenando de aves y animales que habían caído en él: había un Pato y un Dodo, un Loro y un Aguilucho, y varias otras criaturas curiosas. Alicia fue por delante, y todo el grupo nadó hasta la orilla.

CAPÍTULO III

Una carrera de comité y un cuento largo

En verdad era un grupo de aspecto extraño el que se reunió en la orilla: las aves con las plumas chorreantes, los animales con el pelaje pegado al cuerpo, y todos goteando, malhumorados e incómodos.

La primera cuestión, por supuesto, era cómo volver a secarse: lo consultaron entre todos, y al cabo de unos minutos a Alicia le pareció de lo más natural encontrarse conversando con ellos con toda confianza, como si los conociera de toda la vida. De hecho, tuvo una discusión bastante larga con el Loro, que al final se puso de mal humor y solo quería repetir: «Soy mayor que tú, y por eso sé más»; y esto Alicia no podía admitirlo sin saber qué edad tenía, y, como el Loro se negó rotundamente a decir su edad, no hubo más que hablar.

Por fin el Ratón, que parecía ser persona de autoridad entre ellos, gritó: —¡Siéntense todos y escúchenme! ¡Pronto los dejaré bien secos! —Se sentaron todos de inmediato, formando un gran círculo con el Ratón en el centro. Alicia no le quitaba los ojos de encima, llena de ansiedad, porque estaba segura de que pescaría un buen resfriado si no se secaba muy pronto.

—¡Ejem! —dijo el Ratón con aire importante—. ¿Están todos listos? Esto es lo más seco que conozco. ¡Silencio

general, por favor! «Guillermo el Conquistador, cuya causa contaba con el favor del papa, fue pronto aceptado por los ingleses, que necesitaban caudillos y andaban muy acostumbrados últimamente a la usurpación y la conquista. Edwin y Morcar, condes de Mercia y de Northumbria…»

—¡Uf! —dijo el Loro, con un escalofrío.

—¡Perdone usted! —dijo el Ratón, frunciendo el ceño, pero muy cortésmente—. ¿Dijo algo?

—¡Yo no! —se apresuró a decir el Loro.

—Me pareció que sí —dijo el Ratón—. Prosigo. «Edwin y Morcar, condes de Mercia y de Northumbria, se declararon a su favor; e incluso Stigand, el patriótico arzobispo de Canterbury, lo encontró conveniente…»

—¿Encontró qué? —dijo el Pato.

—Lo encontró —respondió el Ratón con cierto enfado—; por supuesto que usted sabe lo que quiere decir «lo».

—Sé perfectamente lo que quiere decir «lo» cuando soy yo quien encuentra algo —dijo el Pato—: suele ser una rana o un gusano. La cuestión es: ¿qué encontró el arzobispo?

El Ratón no hizo caso de la pregunta, y siguió a toda prisa: —«…lo encontró conveniente: ir con Edgardo Atheling al encuentro de Guillermo y ofrecerle la corona. La conducta de Guillermo fue al principio moderada. Pero la insolencia de sus normandos…» ¿Cómo vas ahora, querida? —continuó, volviéndose hacia Alicia.

—Tan mojada como antes —dijo Alicia con tono melancólico—; parece que no me seca nada.

—En tal caso —dijo el Dodo con solemnidad, poniéndose en pie—, propongo que se levante la sesión, a fin de proceder a la adopción inmediata de remedios más enérgicos…

—¡Hable en cristiano! —dijo el Aguilucho—. No sé qué significa la mitad de esas palabras largas y, lo que es más, ¡no creo que usted tampoco! —Y el Aguilucho inclinó la cabeza para ocultar una sonrisa; algunas de las otras aves se rieron por lo bajo, pero de manera audible.

—Lo que iba a decir —dijo el Dodo en tono ofendido— es que lo mejor para secarnos sería una carrera de comité.

—¿Qué es una carrera de comité? —dijo Alicia; no porque tuviera muchas ganas de saberlo, sino porque el Dodo había hecho una pausa como si pensara que alguien debía hablar, y nadie más parecía dispuesto a decir nada.

—Pues —dijo el Dodo—, la mejor manera de explicarlo es hacerlo. (Y, como tal vez ustedes quieran probarlo algún día de invierno, les contaré cómo lo organizó el Dodo.)

Primero trazó una pista de carrera, más o menos en círculo («la forma exacta no importa», dijo), y luego todo el grupo fue colocado a lo largo de la pista, aquí y allá. No hubo ningún «uno, dos, tres, ¡ya!», sino que empezaron a correr cuando quisieron y dejaron de correr cuando quisieron, de modo que no era fácil saber cuándo había terminado la carrera. Sin embargo, cuando llevaban

corriendo media hora más o menos y estaban ya bien secos, el Dodo gritó de pronto: «¡La carrera ha terminado!», y todos se amontonaron a su alrededor, jadeando y preguntando: «Pero ¿quién ha ganado?».

Esta pregunta el Dodo no podía contestarla sin pensarlo mucho, y se quedó largo rato sentado con un dedo apretado contra la frente (la postura en que suele verse a Shakespeare en sus retratos), mientras los demás esperaban en silencio. Por fin el Dodo dijo: —Todos han ganado, y todos deben recibir premios.

—Pero ¿quién va a dar los premios? —preguntó un coro de voces.

—Pues ella, por supuesto —dijo el Dodo, señalando a Alicia con un dedo; y todo el grupo se amontonó de inmediato a su alrededor, gritando confusamente: —¡Premios! ¡Premios!

Alicia no sabía qué hacer y, desesperada, metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de confites (por suerte el agua salada no había entrado en ella), y los repartió como premios. Tocó exactamente uno para cada uno.

—Pero ella también debe tener un premio, ¿saben? —dijo el Ratón.

—Por supuesto —respondió el Dodo muy serio—. ¿Qué más tienes en el bolsillo? —prosiguió, volviéndose hacia Alicia.

—Solo un dedal —dijo Alicia con tristeza.

—Pásalo para acá —dijo el Dodo.

Entonces se amontonaron de nuevo a su alrededor, mientras el Dodo le presentaba solemnemente el dedal, diciendo: «Le rogamos que acepte este elegante dedal»; y, cuando terminó este breve discurso, todos aplaudieron.

A Alicia todo aquello le pareció sumamente absurdo, pero todos tenían un aspecto tan grave que no se atrevió a reírse; y, como no se le ocurría nada que decir, se limitó a hacer una reverencia y a tomar el dedal, con el aire más solemne que pudo.

Lo siguiente fue comerse los confites: esto causó algo de ruido y confusión, pues las aves grandes se quejaban de que no podían saborear los suyos, y las pequeñas se atragantaban y había que darles palmadas en la espalda. Sin embargo, al fin terminó, y volvieron a sentarse en círculo y le rogaron al Ratón que les contara algo más.

—Me prometiste contarme tu historia, ¿sabes? —dijo Alicia—, y por qué odias a los G y a los P —añadió en un susurro, medio temerosa de que volviera a ofenderse.

—¡Mi historia es larga y triste! —dijo el Ratón, volviéndose hacia Alicia y suspirando.

—Larga sí que es —dijo Alicia, mirando con asombro la cola del Ratón—; pero ¿por qué dices que es triste? —Y siguió dándole vueltas mientras el Ratón hablaba, de modo que la idea que se hizo del cuento era más o menos esta:

—Furia dijo a un ratón
que halló en su rincón:
«Vamos a juicio los dos;
yo te acuso, ven, ven.
No admito un no por respuesta;

hay que hacer un juicio,
pues esta mañana
no tengo nada que hacer».
Dijo el ratón al can:
«Tal juicio, señor,
sin jurado ni juez,
sería perder el aliento».
«Yo seré juez, yo seré jurado»,
dijo el viejo astuto Furia:
«yo veré toda la causa
y te condenaré a muerte».

—¡No me estás escuchando! —dijo el Ratón a Alicia con severidad—. ¿En qué estás pensando?

—Le ruego que me perdone —dijo Alicia con mucha humildad—: ¿había llegado usted a la quinta curva, creo?

—¡No había llegado a ninguna! —gritó el Ratón, con brusquedad y mucha rabia.

—¡Un nudo! —dijo Alicia, siempre dispuesta a hacerse útil, mirando ansiosa a su alrededor—. ¡Oh, déjeme ayudarle a deshacerlo!

—No haré nada de eso —dijo el Ratón, levantándose y alejándose—. ¡Me insultas diciendo semejantes tonterías!

—¡No fue mi intención! —suplicó la pobre Alicia—. ¡Pero es que se ofende usted con tanta facilidad!

El Ratón solo gruñó por respuesta.

—¡Por favor, vuelva y termine su historia! —le gritó Alicia; y los demás se unieron en coro: —¡Sí, por favor, hágalo! —pero el Ratón solo sacudió la cabeza con

impaciencia y apretó un poco el paso.

—¡Qué lástima que no se quedara! —suspiró el Loro, en cuanto el Ratón se perdió de vista; y una vieja Cangreja aprovechó la ocasión para decirle a su hija: —¡Ay, querida! ¡Que esto te sirva de lección para no perder nunca los estribos! —¡Cállate, mamá! —dijo la joven Cangreja, algo ásperamente—. ¡Eres capaz de agotar la paciencia de una ostra!

—¡Ojalá estuviera aquí nuestra Dina, ya lo creo! —dijo Alicia en voz alta, dirigiéndose a nadie en particular—. ¡Ella lo traería de vuelta en un santiamén!

—¿Y quién es Dina, si me permite la pregunta? —dijo el Loro.

Alicia respondió con entusiasmo, pues siempre estaba dispuesta a hablar de su mascota: —Dina es nuestra gata. ¡Y es tan buena cazando ratones que no se imaginan! ¡Y ay, ojalá la vieran detrás de los pájaros! ¡Pues se come un pajarito en cuanto lo ve!

Este discurso causó una sensación notable entre los presentes. Algunas aves se marcharon de inmediato; una vieja Urraca empezó a envolverse con mucho cuidado, comentando: —De verdad debo irme a casa; ¡el aire de la noche no le sienta bien a mi garganta! —y un Canario llamó con voz temblorosa a sus hijos: —¡Vámonos, queridos! ¡Ya es hora de que estén todos en la cama! —Con diversos pretextos se fueron retirando todos, y Alicia se quedó pronto sola.

—¡Ojalá no hubiera mencionado a Dina! —se dijo con tono melancólico—. Por aquí abajo parece que a nadie le cae bien, ¡y estoy segura de que es la mejor gata del mundo! ¡Ay, mi querida Dina! ¡Me pregunto si volveré a verte alguna vez! —Y en este punto la pobre Alicia se echó a llorar otra vez, pues se sentía muy sola y abatida. Al poco rato, sin embargo, oyó de nuevo un leve trotecito de pasos a lo lejos, y alzó los ojos con ansia, medio esperanzada en que el Ratón hubiera cambiado de idea y volviera para terminar su historia.

CAPÍTULO IV

El Conejo manda un pequeño Bill

Era el Conejo Blanco, que volvía trotando despacio y mirando a su alrededor con ansiedad mientras andaba, como si hubiera perdido algo; y lo oyó murmurar para sí: —¡La Duquesa! ¡La Duquesa! ¡Ay, mis queridas patitas! ¡Ay, mi pelo y mis bigotes! ¡Me mandará ejecutar, tan seguro como que los hurones son hurones! ¿Dónde habré podido dejarlos caer, me pregunto? —Alicia adivinó al instante que buscaba el abanico y el par de guantes blancos de cabritilla, y con muy buena voluntad se puso a buscarlos por todas partes, pero no se veían por ningún lado: todo parecía haber cambiado desde su baño en el charco, y el gran salón, con la mesa de cristal y la puertecita, había desaparecido por completo.

Muy pronto el Conejo vio a Alicia, que andaba buscando, y le gritó en tono enojado: —¡Pero bueno, Mary Ann, qué haces aquí afuera! ¡Corre a casa ahora mismo y tráeme un par de guantes y un abanico! ¡Rápido! —Y Alicia se asustó tanto que echó a correr de inmediato en la dirección que le señalaba, sin tratar de explicar el error que había cometido.

—Me tomó por su criada —se dijo mientras corría—. ¡Qué sorpresa se llevará cuando descubra quién soy! Pero más vale que le lleve su abanico y sus guantes... es decir,

si logro encontrarlos. —Al decir esto, dio con una casita muy pulcra, en cuya puerta había una brillante placa de bronce con el nombre «C. BLANCO» grabado. Entró sin llamar y subió corriendo la escalera, con mucho miedo de encontrarse con la verdadera Mary Ann y que la echaran de la casa antes de haber hallado el abanico y los guantes.

—Qué raro me parece —se dijo Alicia— andar haciendo recados para un conejo. ¡Supongo que luego Dina me mandará a mí a hacer recados! —Y se puso a imaginar el tipo de cosas que ocurrirían: «"¡Señorita Alicia! ¡Venga aquí ahora mismo y prepárese para su paseo!" "¡Ya voy, niñera! Pero tengo que vigilar que el ratón no se escape". Solo que no creo —siguió Alicia— que dejaran a Dina quedarse en la casa si empezara a mandar así a la gente».

Para entonces había llegado a una salita ordenada, con una mesa junto a la ventana, y sobre ella (como había esperado) un abanico y dos o tres pares de diminutos guantes blancos de cabritilla: tomó el abanico y un par de guantes, y ya se disponía a salir de la habitación, cuando sus ojos cayeron sobre una botellita que estaba junto al espejo. Esta vez no había etiqueta con las palabras «BÉBEME», pero de todos modos la destapó y se la llevó a los labios. —Sé que algo interesante ocurrirá seguro —se dijo— siempre que como o bebo algo; así que veré qué hace esta botella. ¡Ojalá me haga crecer otra vez, porque la verdad es que ya estoy harta de ser tan chiquitita!

Y así fue, y mucho antes de lo que esperaba: antes de haberse bebido la mitad de la botella, notó que la cabeza le apretaba contra el techo, y tuvo que agacharse para no

romperse el cuello. Se apresuró a dejar la botella, diciéndose: —Ya es suficiente… espero no crecer más… Así como estoy, no puedo salir por la puerta… ¡Ojalá no hubiera bebido tanto!

¡Ay! ¡Era demasiado tarde para desearlo! Siguió creciendo y creciendo, y muy pronto tuvo que arrodillarse en el suelo; un minuto después ya no había sitio ni para eso, y probó el efecto de tumbarse con un codo contra la puerta y el otro brazo enroscado alrededor de la cabeza. Y siguió creciendo, y como último recurso sacó un brazo por la ventana y metió un pie por la chimenea, y se dijo: —Ahora ya no puedo hacer más, pase lo que pase. ¿Qué será de mí?

Por suerte para Alicia, la botellita mágica ya había surtido todo su efecto y no creció más; aun así era muy incómodo y, como no parecía haber ninguna posibilidad de volver a salir del cuarto, no es de extrañar que se sintiera desdichada.

—Se estaba mucho mejor en casa —pensó la pobre Alicia—, cuando una no estaba creciendo y encogiendo todo el tiempo, ni recibiendo órdenes de ratones y conejos. Casi desearía no haber bajado por esa madriguera… y sin embargo… y sin embargo… ¡es bastante curiosa, ¿sabes?, esta clase de vida! ¡Me pregunto qué me habrá pasado! Cuando leía cuentos de hadas, me imaginaba que esas cosas nunca ocurrían, ¡y ahora aquí estoy, en medio de uno! Debería haber un libro escrito sobre mí, ¡sí, señor! Y cuando sea grande, escribiré uno… pero ya soy grande —añadió con tono apenado—; al menos aquí no hay

espacio para crecer más.

—Pero entonces —pensó Alicia—, ¿nunca seré más vieja de lo que soy ahora? Eso sería un consuelo, en cierto modo: nunca ser una anciana… pero entonces… ¡tener siempre lecciones que aprender! ¡Ay, eso no me gustaría!

—¡Ay, tonta Alicia! —se respondió a sí misma—. ¿Cómo vas a aprender lecciones aquí dentro? ¡Si apenas hay sitio para ti, y ninguno en absoluto para libros de texto!

Y así siguió, tomando primero un lado y luego el otro, y armando toda una conversación; pero a los pocos minutos oyó una voz afuera y se detuvo a escuchar.

—¡Mary Ann! ¡Mary Ann! —decía la voz—. ¡Tráeme mis guantes ahora mismo! —Luego se oyó un trotecito de pasos en la escalera. Alicia supo que era el Conejo que venía a buscarla, y tembló hasta sacudir la casa, olvidando por completo que ahora era unas mil veces más grande que el Conejo y no tenía motivo alguno para temerle.

Enseguida el Conejo llegó a la puerta e intentó abrirla; pero, como la puerta se abría hacia adentro y el codo de Alicia estaba apretado con fuerza contra ella, el intento fracasó. Alicia lo oyó decirse: —Entonces daré la vuelta y entraré por la ventana.

—Eso sí que no —pensó Alicia, y, tras esperar hasta que creyó oír al Conejo justo debajo de la ventana, abrió de pronto la mano e hizo un manotazo en el aire. No atrapó nada, pero oyó un chillidito y una caída, y un estrépito de cristales rotos, de lo que dedujo que bien podía haber caído sobre un invernadero de pepinos o algo parecido.

Luego vino una voz enojada —la del Conejo—: —¡Pat! ¡Pat! ¿Dónde estás? —Y luego una voz que ella nunca había oído: —¡Aquí estoy, claro, su señoría! ¡Cavando manzanas!

—¡Cavando manzanas, nada menos! —dijo el Conejo con rabia—. ¡Ven acá! ¡Ven a ayudarme a salir de esto! —(Ruido de más cristales rotos).

—Ahora dime, Pat, ¿qué es eso que hay en la ventana?

—¡Es un brazo, claro, su señoría! —(Lo pronunció «brrazo»).

—¡Un brazo, ganso! ¿Quién ha visto uno de ese tamaño? ¡Si llena la ventana entera!

—Claro que la llena, su señoría; pero es un brazo de todos modos.

—Bueno, no tiene nada que hacer ahí, en todo caso: ¡ve y quítalo!

Siguió un largo silencio, y Alicia solo oía susurros de vez en cuando, como: —¡Claro, a mí no me gusta nada, su señoría, nada de nada! —¡Haz lo que te digo, cobarde! —y por fin extendió la mano otra vez e hizo otro manotazo en el aire. Esta vez se oyeron dos chillidos y más ruido de cristales rotos. —¡Cuántos invernaderos de pepinos debe de haber! —pensó Alicia—. ¡Me pregunto qué harán ahora! En cuanto a sacarme por la ventana, ¡ojalá pudieran! ¡Desde luego no quiero quedarme aquí dentro ni un minuto más!

Esperó un buen rato sin oír nada más; por fin llegó un rumor de ruedecitas de carreta y el sonido de muchas

voces hablando a la vez; distinguió las palabras: —¿Dónde está la otra escalera? —Si yo solo tenía que traer una; la otra la tiene Bill… ¡Bill! ¡Tráela acá, muchacho! —Aquí, ponlas en esta esquina… —No, átenlas primero… no llegan ni a la mitad de la altura… —¡Bah! Servirán de sobra, no seas quisquilloso… —¡Eh, Bill! ¡Agarra esta cuerda! —¿Aguantará el techo? —Cuidado con esa teja suelta… —¡Ay, se cae! ¡Cuidado abajo! —(un fuerte estrépito)— ¿Quién ha sido? —Fue Bill, me parece… —¿Quién baja por la chimenea? —¡Yo no, desde luego! ¡Hazlo tú! —¡Ni hablar entonces! —Que baje Bill… —¡Eh, Bill! ¡El amo dice que bajes por la chimenea!

—¡Ah! ¡Así que Bill tiene que bajar por la chimenea! —se dijo Alicia—. ¡Qué cosa, parece que le cargan todo a Bill! No me gustaría estar en el lugar de Bill por nada del mundo: esta chimenea es estrecha, es verdad; ¡pero creo que puedo dar una pequeña patada!

Metió el pie por la chimenea tan abajo como pudo, y esperó hasta que oyó un animalito (no podía adivinar de qué clase) que rascaba y se debatía en la chimenea, muy cerca, encima de ella; entonces, diciéndose «Este es Bill», dio una patada seca y esperó a ver qué pasaba.

Lo primero que oyó fue un coro general de «¡Ahí va Bill!»; luego la voz del Conejo solo: —¡Atrápenlo, los de la cerca! —; luego silencio, y luego otra confusión de voces: —Levántenle la cabeza… Ahora el coñac… No lo ahoguen… ¿Cómo fue, amigo? ¿Qué te pasó? ¡Cuéntanoslo todo!

Por último llegó una vocecita débil y chillona (—Ese es Bill —pensó Alicia): —Bueno, apenas sé… Ya no más, gracias; ya estoy mejor… pero estoy demasiado aturdido para contárselo… Lo único que sé es que algo me salta encima como un diablo de resorte, ¡y arriba que voy como un cohete!

—¡Así fue, amigo! —dijeron los demás.

—¡Tendremos que quemar la casa! —dijo la voz del Conejo; y Alicia gritó con todas sus fuerzas: —¡Si lo hacen, les echaré a Dina!

Hubo un silencio sepulcral al instante, y Alicia pensó para sí: —¡Me pregunto qué harán ahora! Si tuvieran algo de juicio, le quitarían el techo. —Al cabo de uno o dos minutos volvieron a moverse, y Alicia oyó decir al Conejo: —Con una carretillada bastará, para empezar.

—¿Una carretillada de qué? —pensó Alicia; pero no tuvo mucho tiempo de dudar, pues al momento entró por la ventana una lluvia de piedrecitas que repiquetearon, y algunas le dieron en la cara. —Voy a poner fin a esto —se dijo, y gritó—: ¡Más les vale no repetirlo! —lo cual produjo otro silencio sepulcral.

Alicia notó con cierta sorpresa que las piedrecitas se estaban convirtiendo en pastelitos al caer al suelo, y se le ocurrió una idea brillante. —Si me como uno de esos pastelitos —pensó—, seguro que cambiará mi tamaño; y como no puede hacerme más grande, supongo que me hará más pequeña.

Así que se tragó uno de los pastelitos y vio, encantada, que empezaba a encoger enseguida. En cuanto fue lo bastante pequeña para pasar por la puerta, salió corriendo de la casa, y encontró afuera a toda una multitud de animalitos y pájaros que esperaban. El pobre Lagarto, Bill, estaba en medio, sostenido por dos conejillos de Indias que le daban algo de una botella. Todos se lanzaron contra Alicia en cuanto apareció; pero ella echó a correr con todas sus fuerzas y pronto se encontró a salvo en un bosque espeso.

—Lo primero que tengo que hacer —se dijo Alicia mientras vagaba por el bosque— es volver a mi tamaño justo; y lo segundo, encontrar el camino a aquel precioso jardín. Creo que ese será el mejor plan.

Sonaba como un plan excelente, sin duda, y muy bien y sencillamente dispuesto; la única dificultad era que no tenía la menor idea de cómo ponerlo en práctica; y mientras miraba ansiosa entre los árboles, un ladridito agudo justo sobre su cabeza la hizo alzar la vista a toda prisa.

Un cachorro enorme la miraba desde arriba con grandes ojos redondos y estiraba débilmente una pata, tratando de tocarla. —¡Pobrecito! —dijo Alicia con tono zalamero, y se esforzó por silbarle; pero estaba terriblemente asustada todo el tiempo ante la idea de que tuviera hambre, en cuyo caso era muy probable que se la comiera a pesar de todas sus zalamerías.

Casi sin saber lo que hacía, recogió un palito y se lo tendió al cachorro; con lo cual el cachorro saltó por el aire

con las cuatro patas a la vez, con un aullido de alegría, y se lanzó sobre el palo y fingió pelearse con él; entonces Alicia se escondió detrás de un gran cardo para que no la pisara; y en cuanto apareció del otro lado, el cachorro se lanzó de nuevo sobre el palo y cayó dando una voltereta en su prisa por agarrarlo; entonces Alicia, pensando que era como jugar con un caballo de tiro, y esperando a cada instante ser aplastada bajo sus patas, dio otra vez la vuelta al cardo; luego el cachorro empezó una serie de embestidas cortas contra el palo, avanzando muy poquito cada vez y retrocediendo mucho, y ladrando roncamente todo el tiempo, hasta que por fin se sentó a buena distancia, jadeando, con la lengua colgando y los grandes ojos medio cerrados.

Esto le pareció a Alicia una buena oportunidad para escapar; así que echó a correr de inmediato y corrió hasta quedar cansada y sin aliento, y hasta que el ladrido del cachorro sonó muy débil en la lejanía.

—¡Y sin embargo, qué cachorrito tan querido era! —dijo Alicia, apoyada en un ranúnculo para descansar, abanicándose con una de sus hojas—. Me habría gustado mucho enseñarle trucos, si… ¡si hubiera tenido el tamaño adecuado para hacerlo! ¡Ay, Dios! ¡Casi me olvidaba de que tengo que volver a crecer! A ver… ¿cómo se arreglará? Supongo que debo comer o beber alguna cosa; pero la gran cuestión es: ¿qué?

La gran cuestión, desde luego, era: ¿qué? Alicia miró a su alrededor las flores y las briznas de hierba, pero no vio nada que pareciera lo adecuado para comer o beber dadas

las circunstancias. Cerca de ella crecía un hongo grande, casi de su misma altura; y cuando hubo mirado debajo, y por ambos lados, y detrás, se le ocurrió que bien podía mirar también qué había encima.

Se estiró de puntillas y se asomó por el borde del hongo, y sus ojos se encontraron enseguida con los de una gran oruga que estaba sentada encima con los brazos cruzados, fumando tranquilamente una larga pipa de agua y sin prestarle la menor atención a ella ni a nada más.

CAPÍTULO V

Consejos de una Oruga

La Oruga y Alicia se miraron un buen rato en silencio; por fin la Oruga se sacó la pipa de la boca y le habló con voz lánguida y adormilada.

—¿Quién eres tú? —dijo la Oruga.

No era una forma muy alentadora de empezar una conversación. Alicia respondió, algo tímida: —Yo... yo apenas lo sé, señor, en este momento... al menos sé quién era cuando me levanté esta mañana, pero creo que he cambiado varias veces desde entonces.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo la Oruga con severidad—. ¡Explícate!

—Me temo que no puedo explicarme, señor —dijo Alicia—, porque yo no soy yo misma, ¿ve usted?

—No veo —dijo la Oruga.

—Me temo que no puedo expresarlo con más claridad —respondió Alicia muy cortésmente—, porque para empezar yo misma no lo entiendo; y ser de tantos tamaños distintos en un solo día es muy confuso.

—No lo es —dijo la Oruga.

—Bueno, quizá usted todavía no lo ha encontrado así —dijo Alicia—; pero cuando tenga que convertirse en crisálida (algún día lo hará, ¿sabe?) y después en

mariposa, creo que le parecerá un poco raro, ¿no?

—Ni un poco —dijo la Oruga.

—Bueno, quizá sus sentimientos sean distintos —dijo Alicia—; lo único que sé es que a mí me parecería muy raro.

—¡Tú! —dijo la Oruga con desprecio—. ¿Quién eres tú?

Lo cual los devolvió al comienzo de la conversación. Alicia se sintió un poco irritada porque la Oruga hacía observaciones tan cortas, y se irguió y dijo muy seria: —Creo que usted debería decirme primero quién es.

—¿Por qué? —dijo la Oruga.

Esta era otra pregunta desconcertante; y, como Alicia no se le ocurría ninguna buena razón, y la Oruga parecía estar de un humor muy desagradable, se dio la vuelta.

—¡Vuelve! —la llamó la Oruga—. ¡Tengo algo importante que decirte!

Esto sonaba prometedor, sin duda: Alicia se volvió y regresó.

—Domina tu genio —dijo la Oruga.

—¿Eso es todo? —dijo Alicia, tragándose la rabia lo mejor que pudo.

—No —dijo la Oruga.

Alicia pensó que bien podía esperar, pues no tenía otra cosa que hacer, y quizá después de todo la Oruga le dijera algo que valiera la pena oír. Durante unos minutos estuvo echando humo sin hablar, pero al fin desplegó los brazos, volvió a sacarse la pipa de la boca y dijo: —¿Así que crees

que has cambiado, eh?

—Me temo que sí, señor —dijo Alicia—; no puedo recordar las cosas como antes… ¡y no conservo el mismo tamaño ni diez minutos seguidos!

—¿No puedes recordar qué cosas? —dijo la Oruga.

—Pues he intentado decir «¡Cómo la abejita laboriosa!», pero me salió todo distinto —respondió Alicia con voz muy melancólica.

—Repite «Es usted viejo, padre Guillermo» —dijo la Oruga.

Alicia juntó las manos y empezó:

—Es usted viejo, padre Guillermo —dijo el joven—,
y el pelo se le ha puesto blanquecino;
mas se para de cabeza a todo instante:
¿le parece, a su edad, buen camino?

—De joven —respondió Guillermo a su hijo—
temí que me dañara el cerebro;
mas hoy que estoy seguro de no tener ninguno,
lo hago una y otra vez, y lo reitero.

—Es usted viejo —dijo el joven—, como dije,
y se ha puesto gordo en demasía;
mas dio una voltereta atrás al entrar:
¿a qué se debe tal bizarría?

—De joven —dijo el sabio, sacudiendo sus canas—
mis miembros ágiles mantuve
con este ungüento, un chelín el frasco:
¿le vendo un par? ¡No se asuste!

—Es usted viejo —dijo el joven—, y flojas las quijadas
para algo más duro que el sebo;
mas se comió el ganso con huesos y pico:
¿cómo lo hizo? ¡Se lo pregunto y suplico!

—De joven —dijo su padre— me hice abogado,
y discutía cada caso con mi esposa;
y la fuerza que me dio en la mandíbula
me ha durado la vida entera, y no es poca cosa.

—Es usted viejo —dijo el joven—; nadie supondría
que su ojo fuese aún tan certero;
mas equilibró una anguila en la punta de la nariz:
¿qué lo hizo tan listo, caballero?

—Tres preguntas he contestado, y es bastante —
dijo el padre—. ¡No se dé tantos aires!
¿Cree que puedo oír tonterías todo el día?
¡Largo, o lo echo escaleras abajo con un buen empujón!

—Eso no está bien dicho —dijo la Oruga.

—No del todo bien, me temo —dijo Alicia con timidez—; algunas palabras han cambiado.

—Está mal de principio a fin —dijo la Oruga con decisión, y hubo un silencio de unos minutos.

La Oruga fue la primera en hablar.

—¿De qué tamaño quieres ser? —preguntó.

—Ay, no soy exigente en cuanto al tamaño —se apresuró a responder Alicia—; solo que a una no le gusta cambiar tantas veces, ¿sabe?

—No lo sé —dijo la Oruga.

Alicia no dijo nada: nunca en su vida la habían contradicho tanto, y sentía que estaba perdiendo los estribos.

—¿Estás conforme ahora? —dijo la Oruga.

—Bueno, me gustaría ser un poco más grande, señor, si no le importa —dijo Alicia—: ocho centímetros es una estatura muy miserable.

—¡Es una estatura buenísima! —dijo la Oruga enojada, irguiéndose mientras hablaba (medía exactamente ocho centímetros).

—¡Pero no estoy acostumbrada! —suplicó la pobre Alicia con tono lastimero. Y pensó: —¡Ojalá estas criaturas no se ofendieran con tanta facilidad!

—Te acostumbrarás con el tiempo —dijo la Oruga; y se metió la pipa en la boca y volvió a fumar.

Esta vez Alicia esperó con paciencia hasta que quiso hablar de nuevo. Al cabo de uno o dos minutos la Oruga se sacó la pipa de la boca, bostezó una o dos veces y se sacudió. Luego bajó del hongo y se alejó arrastrándose por la hierba, diciendo solamente al marcharse: —Un lado te hará crecer, y el otro lado te hará encoger.

—¿Un lado de qué? ¿El otro lado de qué? —pensó Alicia.

—Del hongo —dijo la Oruga, como si ella lo hubiera preguntado en voz alta; y un instante después se perdió de vista.

Alicia se quedó mirando pensativa el hongo durante un minuto, tratando de averiguar cuáles eran sus dos lados; y, como era perfectamente redondo, le pareció una pregunta muy difícil. Sin embargo, al fin estiró los brazos alrededor de él todo lo que pudo y arrancó con cada mano un pedacito del borde.

—Y ahora, ¿cuál es cuál? —se dijo, y mordisqueó un poco del trozo de la derecha para probar el efecto: al instante sintió un golpe violento debajo de la barbilla: ¡había chocado con el pie!

Se asustó bastante con este cambio tan repentino, pero comprendió que no había tiempo que perder, pues encogía rápidamente; así que se puso de inmediato a comer un poco del otro trozo. Tenía la barbilla tan apretada contra el pie que apenas había espacio para abrir la boca; pero al fin lo consiguió y logró tragar un bocadito del trozo de la izquierda.

* * * * *

—¡Vaya, por fin tengo la cabeza libre! —dijo Alicia con tono de alegría, que se convirtió en alarma un instante después, cuando descubrió que no encontraba los hombros por ninguna parte: todo lo que veía, al mirar hacia abajo, era un larguísimo cuello, que parecía alzarse como un tallo desde un mar de hojas verdes muy abajo.

—¿Qué será todo ese verde? —dijo Alicia—. ¿Y adónde han ido a parar mis hombros? Y ay, mis pobres manos, ¿cómo es que no las veo? —Las movía mientras hablaba, pero no parecía ocurrir nada, salvo un pequeño temblor

entre las hojas verdes de allá lejos.

Como no parecía haber manera de llevarse las manos a la cabeza, intentó bajar la cabeza hasta ellas, y se alegró al descubrir que el cuello se doblaba con facilidad en cualquier dirección, como una serpiente. Acababa de conseguir curvarlo hacia abajo en un elegante zigzag, y se disponía a zambullirse entre las hojas, que resultaron ser las copas de los árboles bajo los cuales había estado vagando, cuando un siseo agudo la hizo retroceder a toda prisa: una gran paloma le había volado a la cara y le pegaba violentamente con las alas.

—¡Serpiente! —chilló la Paloma.

—¡Yo no soy una serpiente! —dijo Alicia indignada—. ¡Déjame en paz!

—¡Serpiente, repito! —insistió la Paloma, pero con tono más contenido, y añadió con una especie de sollozo—: ¡He probado de todo, y nada parece servirles!

—No tengo la menor idea de lo que estás diciendo —dijo Alicia.

—He probado las raíces de los árboles, y he probado los barrancos, y he probado los setos —siguió la Paloma, sin hacerle caso—, ¡pero esas serpientes! ¡No hay manera de contentarlas!

Alicia estaba cada vez más desconcertada, pero pensó que de nada servía decir algo más hasta que la Paloma terminara.

—Como si no fuera ya bastante trabajo empollar los huevos —dijo la Paloma—, ¡además tengo que estar alerta

contra las serpientes noche y día! ¡Si no he pegado un ojo en tres semanas!

—Lamento mucho que te hayan molestado —dijo Alicia, que empezaba a ver adónde iba.

—Y justo cuando había escogido el árbol más alto del bosque —continuó la Paloma, alzando la voz hasta un chillido—, y justo cuando pensaba que por fin me libraría de ellas, ¡tienen que venir reptando desde el cielo! ¡Puf, serpiente!

—¡Pero que no soy una serpiente, te digo! —dijo Alicia—. Yo soy una… yo soy una…

—¡Bueno! ¿Qué eres? —dijo la Paloma—. ¡Ya veo que estás tratando de inventar algo!

—Yo… yo soy una niña —dijo Alicia, algo dudosa, al recordar la cantidad de cambios que había sufrido ese día.

—¡Buen cuento, sí señor! —dijo la Paloma con el más profundo desprecio—. He visto muchas niñas en mi vida, ¡pero ninguna con un cuello como ese! ¡No, no! Eres una serpiente, y no vale negarlo. ¡Supongo que ahora me dirás que nunca has probado un huevo!

—He probado huevos, claro que sí —dijo Alicia, que era una niña muy veraz—; pero las niñas comen huevos tanto como las serpientes, ¿sabes?

—No lo creo —dijo la Paloma—; pero si es así, entonces son una especie de serpiente, es todo lo que puedo decir.

Esta idea era tan nueva para Alicia que se quedó callada un minuto o dos, lo cual dio a la Paloma ocasión de añadir:

—Estás buscando huevos, lo sé muy bien; y ¿qué me importa a mí si eres una niña o una serpiente?

—A mí me importa mucho —dijo Alicia con rapidez—; pero no estoy buscando huevos, da la casualidad; y si los buscara, no querría los tuyos: no me gustan crudos.

—¡Bueno, entonces lárgate! —dijo la Paloma con tono malhumorado, volviendo a acomodarse en su nido. Alicia se agachó entre los árboles como pudo, porque el cuello se le enredaba constantemente en las ramas, y de vez en cuando tenía que detenerse a desenredarlo. Al rato recordó que todavía tenía en las manos los trozos de hongo, y se puso a trabajar con mucho cuidado, mordisqueando primero uno y luego el otro, y creciendo unas veces y encogiendo otras, hasta que logró volver a su estatura habitual.

Hacía tanto tiempo que no tenía algo parecido al tamaño justo que al principio le resultó muy extraño; pero se acostumbró en unos minutos y empezó a hablar sola, como de costumbre. —¡Vamos, ya tengo hecha la mitad del plan! ¡Qué desconcertantes son todos estos cambios! ¡Nunca estoy segura de lo que voy a ser de un minuto al siguiente! Sin embargo, ya he vuelto a mi tamaño justo: lo siguiente es entrar en ese hermoso jardín... ¿cómo se hará, me pregunto? —Al decir esto, llegó de pronto a un claro, con una casita de alrededor de un metro veinte de alto. —Quienquiera que viva ahí —pensó Alicia—, no puedo presentarme con este tamaño: ¡los asustaría de muerte! —Así que se puso a mordisquear otra vez el trozo de la derecha, y no se atrevió a acercarse a la casa hasta

haberse reducido a veintitrés centímetros de altura.

CAPÍTULO VI

Cerdo y pimienta

Durante un minuto o dos se quedó mirando la casa y preguntándose qué hacer a continuación, cuando de pronto un lacayo de librea salió corriendo del bosque —(lo consideró lacayo porque iba de librea; de otro modo, a juzgar solo por la cara, lo habría llamado pez)— y llamó con fuerza a la puerta con los nudillos. Abrió otro lacayo de librea, de cara redonda y ojos grandes como los de una rana; y ambos lacayos, notó Alicia, llevaban el pelo empolvado y rizado por toda la cabeza. Sintió mucha curiosidad por saber de qué se trataba, y salió un poco del bosque, a hurtadillas, para escuchar.

El Lacayo-Pez empezó sacando de debajo del brazo una carta enorme, casi tan grande como él, y se la entregó al otro, diciendo con tono solemne: —Para la Duquesa. Una invitación de la Reina para jugar al croquet. —El Lacayo-Rana repitió, con el mismo tono solemne, cambiando solo un poco el orden de las palabras: —De la Reina. Una invitación para que la Duquesa juegue al croquet.

Luego ambos hicieron una profunda reverencia y se les enredaron los rizos.

Alicia se rio tanto de esto que tuvo que correr a esconderse en el bosque por miedo a que la oyeran; y

cuando volvió a asomarse, el Lacayo-Pez se había ido, y el otro estaba sentado en el suelo junto a la puerta, mirando estúpidamente al cielo.

Alicia se acercó tímidamente a la puerta y llamó.

—No sirve de nada llamar —dijo el Lacayo—, y eso por dos razones. Primera, porque yo estoy del mismo lado de la puerta que usted; segunda, porque dentro están haciendo tanto ruido que nadie podría oírla. —Y en efecto, dentro se oía un ruido extraordinario: un aullido constante, estornudos, y de vez en cuando un gran estrépito, como si se hiciera pedazos un plato o una olla.

—Entonces, por favor —dijo Alicia—, ¿cómo hago para entrar?

—Tendría algún sentido que llamara —prosiguió el Lacayo sin hacerle caso—, si tuviéramos la puerta entre los dos. Por ejemplo, si usted estuviera dentro, podría llamar, y yo podría dejarla salir, ¿entiende? —No dejó de mirar al cielo mientras hablaba, y esto a Alicia le pareció decididamente descortés. —Pero quizá no puede evitarlo —se dijo—: tiene los ojos casi en lo alto de la cabeza. Aunque, de todos modos, podría contestar preguntas. ¿Cómo hago para entrar? —repitió en voz alta.

—Yo me sentaré aquí —comentó el Lacayo— hasta mañana…

En ese momento se abrió la puerta de la casa y salió disparado un plato grande, derecho a la cabeza del Lacayo: le rozó la nariz y se hizo pedazos contra uno de los árboles que tenía detrás.

—…o pasado mañana, quizá —continuó el Lacayo con el mismo tono, exactamente como si no hubiera pasado nada.

—¿Cómo hago para entrar? —preguntó Alicia otra vez, en voz más alta.

—¿Es que usted ha de entrar? —dijo el Lacayo—. Esa es la primera cuestión, ¿sabe?

Lo era, sin duda; solo que a Alicia no le gustó que se lo dijeran. —Es realmente espantoso —murmuró para sí— cómo discuten todas estas criaturas. ¡Es para volverse loca!

Al Lacayo le pareció una buena ocasión para repetir su observación con variaciones. —Yo me sentaré aquí —dijo— a ratos, días y días.

—Pero ¿qué debo hacer yo? —dijo Alicia.

—Lo que quiera —dijo el Lacayo, y se puso a silbar.

—Ay, no sirve de nada hablar con él —dijo Alicia desesperada—: ¡es un perfecto idiota! —Y abrió la puerta y entró.

La puerta daba directamente a una gran cocina, llena de humo de un extremo al otro: la Duquesa estaba sentada en un taburete de tres patas en el centro, acunando a un bebé; la cocinera estaba inclinada sobre el fuego, revolviendo un caldero enorme que parecía lleno de sopa.

—¡Esa sopa tiene demasiada pimienta, seguro! —se dijo Alicia, como pudo, entre estornudos.

Sin duda había demasiada en el aire. Hasta la Duquesa estornudaba de vez en cuando; y en cuanto al bebé,

estornudaba y aullaba por turnos, sin un momento de pausa. Los únicos seres de la cocina que no estornudaban eran la cocinera y un gato grande que estaba sentado junto al hogar sonriendo de oreja a oreja.

—¿Podría decirme, por favor —dijo Alicia, algo tímida, pues no estaba muy segura de que fuera de buena educación hablar primero—, por qué su gato sonríe así?

—Es un gato de Cheshire —dijo la Duquesa—, y por eso. ¡Cerdo!

Dijo la última palabra con una violencia tan repentina que Alicia dio un salto; pero vio al instante que iba dirigida al bebé y no a ella, así que cobró ánimo y siguió:

—No sabía que los gatos de Cheshire sonrieran siempre; de hecho, no sabía que los gatos pudieran sonreír.

—Todos pueden —dijo la Duquesa—; y la mayoría lo hace.

—Yo no conozco ninguno que lo haga —dijo Alicia muy cortésmente, muy contenta de haber entablado conversación.

—Tú no conoces mucho —dijo la Duquesa—; y eso es un hecho.

A Alicia no le gustó nada el tono de esta observación, y pensó que sería conveniente introducir otro tema de conversación. Mientras trataba de escoger uno, la cocinera retiró el caldero de sopa del fuego y se puso enseguida a arrojar a la Duquesa y al bebé todo lo que tenía al alcance —primero las tenazas y los atizadores; luego siguió una lluvia de cacerolas, platos y fuentes—. La

Duquesa no les hizo caso ni siquiera cuando le daban; y el bebé aullaba ya tanto que era imposible saber si los golpes le dolían o no.

—¡Ay, por favor, cuidado con lo que hace! —gritó Alicia, dando saltos de terror—. ¡Ay, ahí se va su preciosa nariz! —al pasar volando muy cerca de ella una cacerola extraordinariamente grande que por poco se la lleva.

—Si cada cual se ocupara de lo suyo —dijo la Duquesa con un gruñido ronco—, el mundo giraría mucho más rápido de lo que gira.

—Lo cual no sería ninguna ventaja —dijo Alicia, muy contenta de tener ocasión de lucir un poco sus conocimientos—. ¡Piense en el lío que se armaría con el día y la noche! Verá, la Tierra tarda veinticuatro horas en dar una vuelta sobre su eje…

—Hablando de ejes —dijo la Duquesa—, ¡que le corten la cabeza!

Alicia miró con cierta ansiedad a la cocinera, para ver si pensaba tomar la indirecta; pero la cocinera estaba muy ocupada revolviendo la sopa y no parecía escuchar, así que siguió: —Veinticuatro horas, creo; ¿o son doce? Yo…

—Ay, no me molestes —dijo la Duquesa—, ¡nunca pude soportar los números! —Y con esto volvió a acunar a su hijo, cantándole una especie de nana y dándole una violenta sacudida al final de cada verso:

Háblale duro a tu pequeño
y pégale si estornuda:
lo hace solo por fastidiar,

porque sabe que te enfurruña.

CORO

(al que se unieron la cocinera y el bebé)

¡Guau! ¡guau! ¡guau!

Mientras la Duquesa cantaba la segunda estrofa de la canción, no dejaba de lanzar al bebé violentamente hacia arriba y hacia abajo, y la pobre criatura aullaba tanto que Alicia apenas podía oír las palabras:

Yo trato con rigor a mi niño,
le pego si estornuda;
pues puede disfrutar a sus anchas
la pimienta cuando le plazca.

CORO

¡Guau! ¡guau! ¡guau!

—¡Toma! ¡Puedes acunarlo un rato, si quieres! —le dijo la Duquesa a Alicia, arrojándole el bebé mientras hablaba—. Debo ir a prepararme para jugar al croquet con la Reina —y salió apresuradamente de la habitación. La cocinera le tiró una sartén cuando salía, pero falló por poco.

Alicia agarró al bebé con cierta dificultad, pues era una criatura de forma extraña, que estiraba brazos y piernas en todas direcciones, «igual que una estrella de mar», pensó Alicia. La pobre criaturita resoplaba como una máquina de vapor cuando la atrapó, y no dejaba de doblarse y desdoblarse, de modo que, durante el primer

minuto o dos, bastante tenía con sostenerla.

En cuanto averiguó la manera correcta de acunarlo (que consistía en retorcerlo hasta formar una especie de nudo y luego sujetarlo con fuerza de la oreja derecha y del pie izquierdo, para que no se deshiciera), lo sacó al aire libre. —Si no me llevo conmigo a este niño —pensó Alicia—, seguro que lo matan en un par de días: ¿no sería un asesinato dejarlo atrás? —Dijo las últimas palabras en voz alta, y la criaturita gruñó como respuesta (ya había dejado de estornudar). —No gruñas —dijo Alicia—; esa no es una forma adecuada de expresarte.

El bebé volvió a gruñir, y Alicia le miró la cara con mucha ansiedad para ver qué le pasaba. No cabía duda de que tenía la nariz muy respingona, mucho más parecida a un hocico que a una nariz de verdad; además, los ojos se le estaban volviendo muy pequeños para ser de un bebé: en conjunto, a Alicia no le gustó nada el aspecto de la criatura. —Pero quizá solo estaba sollozando —pensó, y volvió a mirarle los ojos, para ver si había lágrimas.

No, no había lágrimas. —Si vas a convertirte en un cerdo, querido —dijo Alicia con seriedad—, no quiero saber nada más de ti. ¡Cuidado! —La pobre criaturita sollozó otra vez (o gruñó, era imposible saberlo), y siguieron un rato en silencio.

Alicia empezaba a pensar: —Bueno, ¿y qué voy a hacer con esta criatura cuando la lleve a casa? —cuando volvió a gruñir, tan violentamente que ella le miró la cara con cierta alarma. Esta vez no cabía error alguno: no era ni más ni menos que un cerdo, y comprendió que sería

absurdo llevarlo más lejos.

Así que dejó en el suelo a la criaturita, y sintió un gran alivio al verla alejarse al trote, tranquilamente, hacia el bosque. —Si hubiera crecido —se dijo— habría sido un niño horriblemente feo; pero como cerdo me parece bastante apuesto. —Y se puso a pensar en otros niños que conocía y que quedarían muy bien como cerdos, y estaba diciéndose «si uno supiera la manera correcta de transformarlos…» cuando se sobresaltó un poco al ver al Gato de Cheshire sentado en la rama de un árbol, a pocos metros.

El Gato solo sonrió al ver a Alicia. Parecía de buen carácter, pensó ella; pero tenía las uñas muy largas y muchísimos dientes, así que comprendió que debía tratarlo con respeto.

—Minino de Cheshire —empezó, algo tímida, pues no sabía en absoluto si le gustaría el nombre; sin embargo, el Gato solo sonrió un poco más—. Vaya, hasta ahora está contento —pensó Alicia, y continuó—: ¿Podría decirme, por favor, hacia dónde debo ir desde aquí?

—Eso depende mucho de adónde quieras llegar —dijo el Gato.

—No me importa mucho adónde… —dijo Alicia.

—Entonces da igual el camino que tomes —dijo el Gato.

—…con tal de llegar a alguna parte —añadió Alicia, a modo de explicación.

—Ah, eso seguro que lo logras —dijo el Gato—, si caminas lo suficiente.

Alicia comprendió que esto no podía negarse, así que probó otra pregunta. —¿Qué clase de gente vive por aquí?

—En esa dirección —dijo el Gato, haciendo un círculo con la pata derecha— vive un Sombrerero; y en esa otra —con la otra pata— vive una Liebre de Marzo. Visita a cualquiera de los dos: ambos están locos.

—Pero yo no quiero andar entre locos —observó Alicia.

—Ah, eso no lo puedes evitar —dijo el Gato—: aquí todos estamos locos. Yo estoy loco. Tú estás loca.

—¿Cómo sabe que yo estoy loca? —dijo Alicia.

—Debes de estarlo —dijo el Gato—, o no habrías venido aquí.

A Alicia no le pareció que eso probara nada; sin embargo, continuó: —¿Y cómo sabe usted que está loco?

—Para empezar —dijo el Gato—, un perro no está loco. ¿Lo concedes?

—Supongo que sí —dijo Alicia.

—Bien, entonces —prosiguió el Gato—, fíjate: un perro gruñe cuando está enojado, y mueve la cola cuando está contento. Yo, en cambio, gruño cuando estoy contento, y muevo la cola cuando estoy enojado. Por lo tanto, estoy loco.

—Yo eso lo llamo ronronear, no gruñir —dijo Alicia.

—Llámalo como quieras —dijo el Gato—. ¿Juegas hoy al croquet con la Reina?

—Me gustaría mucho —dijo Alicia—, pero todavía no me han invitado.

—Allí me verás —dijo el Gato, y desapareció.

Alicia no se sorprendió mucho, se estaba acostumbrando tanto a que ocurrieran cosas raras. Mientras miraba el sitio donde había estado, volvió a aparecer de pronto.

—Por cierto, ¿qué fue del bebé? —dijo el Gato—. Casi se me olvida preguntar.

—Se convirtió en cerdo —dijo Alicia con tranquilidad, como si hubiera vuelto de manera natural.

—Me lo imaginaba —dijo el Gato, y desapareció otra vez.

Alicia esperó un poco, medio esperando verlo de nuevo, pero no apareció, y al cabo de uno o dos minutos echó a andar en la dirección en que decían que vivía la Liebre de Marzo. —Sombrereros ya he visto —se dijo—; la Liebre de Marzo será con mucho la más interesante, y quizá, como estamos en mayo, no esté loca de remate… al menos no tan loca como en marzo. —Al decir esto, alzó la vista, y allí estaba otra vez el Gato, sentado en la rama de un árbol.

—¿Dijiste «cerdo» o «cuerdo»? —dijo el Gato.

—Dije «cerdo» —respondió Alicia—; y ojalá no siguiera apareciendo y desapareciendo tan de repente: me marea.

—De acuerdo —dijo el Gato; y esta vez desapareció muy despacio, empezando por la punta de la cola y terminando por la sonrisa, que quedó un rato después de haberse ido el resto.

—¡Vaya! He visto muchas veces un gato sin sonrisa —pensó Alicia—; ¡pero una sonrisa sin gato! ¡Es la cosa más curiosa que he visto en mi vida!

No había andado mucho más cuando divisó la casa de la Liebre de Marzo: pensó que debía de ser la casa correcta, porque las chimeneas tenían forma de orejas y el tejado estaba cubierto de piel. Era una casa tan grande que no se atrevió a acercarse hasta haber mordisqueado un poco más del trozo de hongo de la izquierda y haber crecido hasta unos sesenta centímetros de altura; aun así avanzó hacia ella con cierta timidez, diciéndose: —¡Y si resulta que está loca de remate, después de todo! ¡Casi desearía haber ido a ver al Sombrerero!

CAPÍTULO VII

Una merienda de locos

Había una mesa puesta bajo un árbol delante de la casa, y la Liebre de Marzo y el Sombrerero estaban tomando el té en ella: entre los dos había un Lirón, profundamente dormido, y los otros dos lo usaban de cojín, apoyando los codos en él y hablando por encima de su cabeza. —Muy incómodo para el Lirón —pensó Alicia—; aunque, como está dormido, supongo que no le importa.

La mesa era grande, pero los tres estaban apretujados en una de las esquinas. —¡No hay sitio! ¡No hay sitio! —gritaron al ver llegar a Alicia. —¡Hay sitio de sobra! —dijo Alicia indignada, y se sentó en un gran sillón en un extremo de la mesa.

—Toma un poco de vino —dijo la Liebre de Marzo en tono alentador.

Alicia miró alrededor de la mesa, pero no había en ella más que té. —No veo ningún vino —comentó.

—No hay —dijo la Liebre de Marzo.

—Entonces no fue muy cortés de su parte ofrecerlo —dijo Alicia con enojo.

—No fue muy cortés de tu parte sentarte sin ser invitada —dijo la Liebre de Marzo.

—No sabía que era su mesa —dijo Alicia—; está puesta para muchos más de tres.

—Te hace falta un corte de pelo —dijo el Sombrerero. Llevaba un rato mirando a Alicia con gran curiosidad, y este fue su primer discurso.

—Debería aprender a no hacer comentarios personales —dijo Alicia con cierta severidad—; es muy grosero.

El Sombrerero abrió muchísimo los ojos al oír esto; pero lo único que dijo fue: —¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?

—¡Vaya, ahora nos vamos a divertir! —pensó Alicia—. Me alegra que hayan empezado a hacer adivinanzas. Creo que puedo adivinar esa —añadió en voz alta.

—¿Quieres decir que crees poder encontrar la respuesta? —dijo la Liebre de Marzo.

—Exactamente —dijo Alicia.

—Entonces deberías decir lo que piensas —prosiguió la Liebre de Marzo.

—Es lo que hago —se apresuró a responder Alicia—; al menos... al menos pienso lo que digo... que es lo mismo, ¿sabe?

—¡Ni de lejos es lo mismo! —dijo el Sombrerero—. ¡Sería como decir que «veo lo que como» es lo mismo que «como lo que veo»!

—Sería como decir —añadió la Liebre de Marzo— que «me gusta lo que tengo» es lo mismo que «tengo lo que me gusta».

—Sería como decir —añadió el Lirón, que parecía hablar en sueños— que «respiro cuando duermo» es lo mismo que «duermo cuando respiro».

—Contigo sí es lo mismo —dijo el Sombrerero, y aquí la conversación decayó y el grupo guardó silencio un minuto, mientras Alicia repasaba todo lo que recordaba de cuervos y escritorios, que no era mucho.

El Sombrerero fue el primero en romper el silencio. —¿A qué día del mes estamos? —dijo, volviéndose hacia Alicia: se había sacado el reloj del bolsillo y lo miraba con inquietud, sacudiéndolo de vez en cuando y poniéndoselo al oído.

Alicia lo pensó un poco y luego dijo: —A cuatro.

—¡Dos días de error! —suspiró el Sombrerero—. ¡Te dije que la mantequilla no le sentaría bien a la maquinaria! —añadió, mirando con rabia a la Liebre de Marzo.

—Era la mejor mantequilla —respondió con humildad la Liebre de Marzo.

—Sí, pero seguro que se coló también alguna miga —gruñó el Sombrerero—: no debiste ponerla con el cuchillo del pan.

La Liebre de Marzo tomó el reloj y lo miró con tristeza; luego lo mojó en su taza de té y volvió a mirarlo; pero no se le ocurrió nada mejor que repetir su primera observación: —Era la mejor mantequilla, ¿sabes?

Alicia lo había estado mirando por encima del hombro con curiosidad. —¡Qué reloj tan gracioso! —comentó—. ¡Dice el día del mes y no dice qué hora es!

—¿Y por qué habría de decirla? —murmuró el Sombrerero—. ¿Acaso tu reloj te dice en qué año estamos?

—Claro que no —respondió Alicia enseguida—, pero eso es porque el año sigue siendo el mismo durante muchísimo tiempo seguido.

—Que es precisamente lo que le pasa al mío —dijo el Sombrerero.

Alicia se sintió terriblemente desconcertada. La observación del Sombrerero no parecía tener sentido alguno, y sin embargo estaba sin duda en español. —No lo entiendo del todo —dijo, tan cortésmente como pudo.

—El Lirón se ha dormido otra vez —dijo el Sombrerero, y le vertió un poco de té caliente en la nariz.

El Lirón sacudió la cabeza con impaciencia y dijo, sin abrir los ojos: —Claro, claro; justo lo que yo iba a observar.

—¿Has adivinado ya la adivinanza? —dijo el Sombrerero, volviéndose de nuevo hacia Alicia.

—No, me rindo —respondió Alicia—. ¿Cuál es la respuesta?

—No tengo la menor idea —dijo el Sombrerero.

—Ni yo —dijo la Liebre de Marzo.

Alicia suspiró con cansancio. —Creo que podrían hacer algo mejor con el tiempo —dijo— que malgastarlo en adivinanzas que no tienen respuesta.

—Si conocieras al Tiempo tan bien como yo —dijo el Sombrerero—, no hablarías de malgastarlo. Es él.

—No sé a qué se refiere —dijo Alicia.

—¡Claro que no! —dijo el Sombrerero, echando la cabeza hacia atrás con desprecio—. ¡Seguro que ni siquiera has hablado nunca con el Tiempo!

—Quizá no —respondió Alicia con cautela—; pero sé que tengo que marcar el compás a golpes cuando aprendo música.

—¡Ah! Eso lo explica todo —dijo el Sombrerero—. Él no tolera que le den golpes. En cambio, si te llevaras bien con él, haría casi todo lo que quisieras con el reloj. Por ejemplo, supón que fueran las nueve de la mañana, justo la hora de empezar las lecciones: no tendrías más que susurrarle una indirecta al Tiempo, ¡y el reloj giraría en un abrir y cerrar de ojos! ¡La una y media, hora de comer!

(—Ojalá lo fuera —se dijo la Liebre de Marzo en un susurro).

—Sería magnífico, sin duda —dijo Alicia pensativa—; pero entonces... no tendría hambre todavía, ¿sabe?

—Al principio, quizá no —dijo el Sombrerero—; pero podrías dejarlo en la una y media todo el tiempo que quisieras.

—¿Así se las arregla usted? —preguntó Alicia.

El Sombrerero sacudió la cabeza con tristeza. —¡Yo no! —respondió—. Nos peleamos en marzo pasado, justo antes de que este se volviera loco, ¿sabes? —(señalando con la cucharilla a la Liebre de Marzo)— fue en el gran concierto que dio la Reina de Corazones, y yo tuve que cantar:

¡Brilla, brilla, murciélago!
¡Cómo me pregunto qué andas tramando!

—Quizá conozcas la canción.

—He oído algo parecido —dijo Alicia.

—Sigue así, ¿sabes? —continuó el Sombrerero—, de esta manera:

Sobre el mundo vas volando,
bandeja de té en el cielo.
Brilla, brilla…

Aquí el Lirón se sacudió y empezó a cantar en sueños: «Brilla, brilla, brilla, brilla…», y siguió tanto rato que tuvieron que pellizcarlo para que parara.

—Bueno, apenas había terminado la primera estrofa —dijo el Sombrerero— cuando la Reina saltó y bramó: «¡Está asesinando el tiempo! ¡Que le corten la cabeza!».

—¡Qué espantosa crueldad! —exclamó Alicia.

—Y desde entonces —prosiguió el Sombrerero con tono lúgubre—, ¡no quiere hacer nada de lo que le pido! Ahora siempre son las seis.

A Alicia se le ocurrió una idea brillante. —¿Es esa la razón de que haya tantos servicios de té puestos aquí? —preguntó.

—Sí, eso es —dijo el Sombrerero con un suspiro—: siempre es hora del té, y no tenemos tiempo de lavar las cosas entre un té y otro.

—¿Entonces ustedes van dando vueltas, supongo? —dijo Alicia.

—Exactamente —dijo el Sombrerero—: a medida que se van usando las cosas.

—¿Pero qué pasa cuando llegan otra vez al principio? —se atrevió a preguntar Alicia.

—¿Y si cambiamos de tema? —interrumpió la Liebre de Marzo, bostezando—. Me estoy cansando de esto. Propongo que la señorita nos cuente un cuento.

—Me temo que no sé ninguno —dijo Alicia, algo alarmada por la propuesta.

—¡Entonces que lo cuente el Lirón! —gritaron ambos—. ¡Despierta, Lirón! —Y lo pellizcaron por los dos lados a la vez.

El Lirón abrió lentamente los ojos. —No estaba dormido —dijo con voz ronca y débil—: oí cada palabra de lo que decían ustedes.

—¡Cuéntanos un cuento! —dijo la Liebre de Marzo.

—¡Sí, por favor! —suplicó Alicia.

—Y date prisa —añadió el Sombrerero—, o te dormirás otra vez antes de terminar.

—Érase una vez tres hermanitas —empezó el Lirón a toda prisa—; y se llamaban Elsie, Lacie y Tillie; y vivían en el fondo de un pozo…

—¿De qué vivían? —dijo Alicia, que siempre se interesaba mucho por las cuestiones de comer y beber.

—Vivían de melaza —dijo el Lirón, tras pensarlo un minuto o dos.

—No pudieron haber hecho eso, ¿sabe? —observó Alicia con suavidad—; se habrían enfermado.

—Y así fue —dijo el Lirón—; muy enfermas.

Alicia trató de imaginar cómo sería una forma de vida tan extraordinaria, pero le desconcertó demasiado, así que prosiguió: —Pero ¿por qué vivían en el fondo de un pozo?

—Toma un poco más de té —le dijo la Liebre de Marzo a Alicia, muy seria.

—Todavía no he tomado nada —respondió Alicia con tono ofendido—, así que no puedo tomar más.

—Querrás decir que no puedes tomar menos —dijo el Sombrerero—: es muy fácil tomar más que nada.

—Nadie le pidió su opinión —dijo Alicia.

—¿Quién hace ahora comentarios personales? —preguntó el Sombrerero con aire triunfal.

Alicia no supo muy bien qué responder a esto; así que se sirvió un poco de té y pan con mantequilla, y luego se volvió hacia el Lirón y repitió su pregunta: —¿Por qué vivían en el fondo de un pozo?

El Lirón volvió a tomarse un minuto o dos para pensarlo, y luego dijo: —Era un pozo de melaza.

—¡Eso no existe! —empezó Alicia muy enojada, pero el Sombrerero y la Liebre de Marzo hicieron «¡Chis! ¡chis!», y el Lirón comentó de mal humor: —Si no puedes ser cortés, más vale que termines tú el cuento.

—¡No, por favor, siga! —dijo Alicia con mucha humildad—; no volveré a interrumpir. Supongo que quizá exista uno.

—¡Uno, dice! —exclamó el Lirón, indignado. Sin embargo, consintió en continuar—. Y así, estas tres

hermanitas... estaban aprendiendo a sacar, ¿sabes?...

—¿Qué sacaban? —dijo Alicia, olvidando por completo su promesa.

—Melaza —dijo el Lirón, sin pensarlo nada esta vez.

—Quiero una taza limpia —interrumpió el Sombrerero—: movámonos todos un lugar.

Se movió mientras hablaba, y el Lirón lo siguió: la Liebre de Marzo pasó al sitio del Lirón, y Alicia, a regañadientes, ocupó el de la Liebre de Marzo. El Sombrerero fue el único que sacó provecho del cambio; y Alicia quedó bastante peor que antes, pues la Liebre de Marzo acababa de volcar la jarra de leche en su plato.

Alicia no quería ofender de nuevo al Lirón, así que empezó con mucha cautela: —Pero no lo entiendo. ¿De dónde sacaban la melaza?

—De un pozo de agua se saca agua —dijo el Sombrerero—; así que supongo que de un pozo de melaza se saca melaza... ¿eh, tonta?

—Pero estaban dentro del pozo —le dijo Alicia al Lirón, sin querer hacer caso de este último comentario.

—Claro que sí —dijo el Lirón—; bien adentro.

Esta respuesta confundió tanto a la pobre Alicia que dejó que el Lirón continuara un buen rato sin interrumpirlo.

—Estaban aprendiendo a sacar —prosiguió el Lirón, bostezando y frotándose los ojos, pues le estaba entrando mucho sueño—, y sacaban toda clase de cosas... todo lo

que empieza con M…

—¿Por qué con M? —dijo Alicia.

—¿Por qué no? —dijo la Liebre de Marzo.

Alicia guardó silencio.

El Lirón ya había cerrado los ojos y se iba adormeciendo; pero, al ser pellizcado por el Sombrerero, despertó con un chillidito y siguió: —…que empieza con M, como las madrigueras, la luna, la memoria y la multitud… ¿han visto alguna vez el dibujo de una multitud?

—La verdad, ahora que me lo pregunta —dijo Alicia, muy confundida—, no creo que…

—Entonces no deberías hablar —dijo el Sombrerero.

Esta grosería era más de lo que Alicia podía soportar: se levantó muy disgustada y se marchó; el Lirón se quedó dormido al instante, y ninguno de los otros reparó lo más mínimo en que se iba, aunque ella miró atrás una o dos veces, con la esperanza de que la llamaran: la última vez que los vio, trataban de meter al Lirón en la tetera.

—¡Desde luego, no volveré nunca más! —dijo Alicia mientras se abría paso por el bosque—. ¡Es la merienda más estúpida a la que he asistido en toda mi vida!

Justo cuando decía esto, notó que en uno de los árboles había una puerta que daba directamente a su interior. —¡Qué curioso! —pensó—. Pero hoy todo es curioso. Creo que bien puedo entrar enseguida. —Y entró.

Una vez más se encontró en el largo salón, junto a la mesita de cristal. —Ahora lo haré mejor —se dijo, y

empezó por tomar la llavecita de oro y abrir la puerta que daba al jardín. Luego se puso a mordisquear el hongo (había guardado un trozo en el bolsillo) hasta medir unos treinta centímetros; después recorrió el pasadizo; y entonces… por fin se encontró en el hermoso jardín, entre los brillantes macizos de flores y las frescas fuentes.

CAPÍTULO VIII

El campo de croquet de la Reina

Cerca de la entrada del jardín había un gran rosal: las rosas que crecían en él eran blancas, pero había tres jardineros ocupados en pintarlas de rojo. A Alicia le pareció algo muy curioso, y se acercó para mirarlos; y justo cuando llegaba a ellos, oyó que uno decía: —¡Cuidado, Cinco! ¡No me salpiques de pintura de ese modo!

—No pude evitarlo —dijo Cinco, de mal humor—; Siete me dio un golpe en el codo.

Ante lo cual Siete alzó la vista y dijo: —¡Eso es, Cinco! ¡Siempre echando la culpa a los demás!

—¡Tú mejor no hables! —dijo Cinco—. ¡Oí a la Reina decir ayer mismo que merecías que te cortaran la cabeza!

—¿Por qué? —dijo el que había hablado primero.

—¡Eso no es asunto tuyo, Dos! —dijo Siete.

—¡Sí que es asunto suyo! —dijo Cinco—, y se lo voy a decir: fue por llevarle a la cocinera raíces de tulipán en lugar de cebollas.

Siete arrojó el pincel, y apenas había empezado: —Bueno, de todas las injusticias… —cuando sus ojos cayeron por casualidad sobre Alicia, que estaba mirándolos, y se contuvo de repente: los otros miraron

también, y todos hicieron una profunda reverencia.

—¿Podrían decirme —dijo Alicia, algo tímida— por qué están pintando esas rosas?

Cinco y Siete no dijeron nada, pero miraron a Dos. Dos empezó en voz baja: —Pues verá, señorita, el caso es que este tenía que ser un rosal rojo, y por error plantamos uno blanco; y si la Reina se enterara, nos cortarían la cabeza a todos, ¿sabe? Así que ya ve, señorita, hacemos lo posible, antes de que ella llegue, por… —En este momento Cinco, que había estado mirando con ansiedad al otro lado del jardín, gritó: —¡La Reina! ¡La Reina! —y los tres jardineros se arrojaron al instante de bruces al suelo. Se oyó un ruido de muchos pasos, y Alicia miró alrededor, ansiosa por ver a la Reina.

Primero venían diez soldados armados con garrotes; todos tenían la forma de los tres jardineros, alargados y planos, con las manos y los pies en las esquinas; luego los diez cortesanos, adornados todos con diamantes, que caminaban de dos en dos, como los soldados. Después de estos venían los hijos reales; eran diez, y los queridos pequeños avanzaban saltando alegremente de la mano, por parejas: todos estaban adornados con corazones. A continuación venían los invitados, en su mayoría Reyes y Reinas, y entre ellos Alicia reconoció al Conejo Blanco, que hablaba de manera apresurada y nerviosa, sonriendo a todo lo que se decía, y pasó sin fijarse en ella. Luego seguía la Sota de Corazones, que llevaba la corona del Rey sobre un cojín de terciopelo carmesí; y, cerrando esta gran procesión, venían EL REY Y LA REINA DE CORAZONES.

Alicia dudaba si no debería tumbarse de bruces como los tres jardineros, pero no recordaba haber oído nunca de semejante regla en las procesiones; «y además —pensó—, ¿de qué serviría una procesión si todo el mundo tuviera que echarse de bruces y no pudiera verla?». Así que se quedó donde estaba, y esperó.

Cuando la procesión llegó frente a Alicia, todos se detuvieron y la miraron, y la Reina dijo con severidad: —¿Quién es esta? —Se lo dijo a la Sota de Corazones, que solo hizo una reverencia y sonrió por respuesta.

—¡Idiota! —dijo la Reina, sacudiendo la cabeza con impaciencia; y, volviéndose hacia Alicia, continuó—: ¿Cómo te llamas, niña?

—Me llamo Alicia, si place a Su Majestad —dijo Alicia muy cortésmente; pero añadió para sí—: Al fin y al cabo no son más que una baraja de cartas. ¡No tengo por qué tenerles miedo!

—¿Y quiénes son estos? —dijo la Reina, señalando a los tres jardineros que yacían alrededor del rosal; pues, como podrán imaginar, como estaban de bruces y el dibujo de sus espaldas era igual al del resto de la baraja, no sabía si eran jardineros, soldados, cortesanos o tres de sus propios hijos.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —dijo Alicia, sorprendida de su propio valor—. No es asunto mío.

La Reina se puso carmesí de furia y, tras mirarla un instante como una fiera, chilló: —¡Que le corten la cabeza! ¡Que…!

—¡Tonterías! —dijo Alicia, muy fuerte y con decisión, y la Reina calló.

El Rey le puso la mano en el brazo y dijo con timidez: —Considera, querida: ¡es solo una niña!

La Reina se apartó de él con enojo y le dijo a la Sota: —¡Dales la vuelta!

La Sota lo hizo, con mucho cuidado, con un pie.

—¡Levántense! —dijo la Reina con voz aguda y fuerte, y los tres jardineros se pusieron en pie de un salto y empezaron a hacer reverencias al Rey, a la Reina, a los hijos reales y a todos los demás.

—¡Dejen eso! —chilló la Reina—. Me marean. —Y luego, volviéndose hacia el rosal, prosiguió—: ¿Qué han estado haciendo aquí?

—Con la venia de Su Majestad —dijo Dos, con tono muy humilde, hincando una rodilla mientras hablaba—, estábamos tratando de…

—¡Ya veo! —dijo la Reina, que entretanto había estado examinando las rosas—. ¡Que les corten la cabeza! —y la procesión siguió su camino, mientras tres de los soldados se quedaban para ejecutar a los desdichados jardineros, que corrieron a Alicia en busca de protección.

—¡No les cortarán la cabeza! —dijo Alicia, y los metió en una gran maceta que había cerca. Los tres soldados anduvieron por ahí uno o dos minutos buscándolos, y luego se marcharon tranquilamente detrás de los demás.

—¿Les han cortado la cabeza? —gritó la Reina.

—¡Sus cabezas ya no están, si place a Su Majestad! —gritaron los soldados en respuesta.

—¡Bien! —gritó la Reina—. ¿Sabes jugar al croquet?

Los soldados callaron y miraron a Alicia, pues la pregunta era evidentemente para ella.

—¡Sí! —gritó Alicia.

—¡Pues ven! —rugió la Reina, y Alicia se unió a la procesión, preguntándose mucho qué ocurriría a continuación.

—Es… ¡es un día muy hermoso! —dijo una voz tímida a su lado. Caminaba junto al Conejo Blanco, que la miraba a la cara con ansiedad.

—Mucho —dijo Alicia—. ¿Dónde está la Duquesa?

—¡Chis! ¡Chis! —dijo el Conejo en voz baja y apresurada. Miró con ansiedad por encima del hombro mientras hablaba, y luego se alzó de puntillas, acercó la boca a su oído y susurró—: Está condenada a muerte.

—¿Por qué? —dijo Alicia.

—¿Dijiste «¡qué lástima!»? —preguntó el Conejo.

—No, no lo dije —respondió Alicia—: no me parece ninguna lástima. Dije «¿por qué?».

—Le dio un bofetón a la Reina… —empezó el Conejo. Alicia soltó una risita. —¡Ay, calla! —susurró el Conejo, asustado—. ¡La Reina te va a oír! Verás, llegó algo tarde, y la Reina dijo…

—¡A sus puestos! —gritó la Reina con voz de trueno, y la gente echó a correr en todas direcciones, tropezando unos

con otros; sin embargo, se acomodaron en un par de minutos, y comenzó el juego. A Alicia le pareció que nunca había visto en su vida un campo de croquet tan curioso: todo eran lomas y surcos; las bolas eran erizos vivos, los mazos flamencos vivos, y los soldados tenían que doblarse y apoyarse en manos y pies para hacer los arcos.

La principal dificultad de Alicia al principio fue manejar su flamenco: lograba meterle el cuerpo, bastante cómodamente, bajo el brazo, con las patas colgando, pero en general, justo cuando le había estirado bien el cuello y se disponía a darle un golpe al erizo con la cabeza, el flamenco se retorcía y la miraba a la cara con una expresión tan desconcertada que no podía evitar echarse a reír; y cuando le había bajado la cabeza y se disponía a empezar de nuevo, era muy fastidioso descubrir que el erizo se había desenrollado y se alejaba arrastrándose; además de todo esto, solía haber una loma o un surco en el camino adonde quería mandar al erizo, y, como los soldados doblados siempre se levantaban y se iban a otras partes del campo, Alicia pronto llegó a la conclusión de que era un juego muy difícil de verdad.

Todos los jugadores jugaban a la vez sin esperar turnos, discutiendo todo el tiempo y peleándose por los erizos; y en muy poco tiempo la Reina estaba furiosa y andaba dando patadas en el suelo y gritando «¡Que le corten la cabeza!» o «¡Que le corten la cabeza a ella!» más o menos una vez por minuto.

Alicia empezó a sentirse muy inquieta: es cierto que todavía no había tenido ninguna disputa con la Reina, pero

sabía que podía ocurrir en cualquier momento. «Y entonces —pensó— ¿qué será de mí? ¡Aquí son terriblemente aficionados a cortar cabezas; lo asombroso es que quede alguien vivo!».

Buscaba alguna manera de escapar y se preguntaba si podría irse sin ser vista, cuando notó una extraña aparición en el aire: al principio la desconcertó mucho, pero, tras observarla uno o dos minutos, comprendió que era una sonrisa, y se dijo: —Es el Gato de Cheshire: ahora tendré con quién hablar.

—¿Cómo te va? —dijo el Gato en cuanto hubo boca suficiente para hablar.

Alicia esperó a que aparecieran los ojos, y entonces asintió. —No sirve de nada hablarle —pensó— hasta que hayan llegado las orejas, o al menos una de ellas. —Un minuto después apareció la cabeza entera, y entonces Alicia dejó su flamenco y empezó a contar cómo iba el juego, muy contenta de tener a alguien que la escuchara. El Gato pareció pensar que ya se veía bastante de él, y no apareció nada más.

—No creo que jueguen limpio en absoluto —empezó Alicia, en tono bastante quejoso—, y se pelean tan espantosamente que una no se oye ni a sí misma hablar… y no parecen tener reglas particulares; al menos, si las hay, nadie les hace caso… y no se imagina lo confuso que es que todas las cosas estén vivas; por ejemplo, el arco por el que tengo que pasar ahora anda paseando por el otro extremo del campo… ¡y yo acababa de hacer croquet con el erizo de la Reina, pero se escapó al ver que se acercaba

el mío!

—¿Qué te parece la Reina? —dijo el Gato en voz baja.

—Nada en absoluto —dijo Alicia—: es tan extremadamente… —En ese momento notó que la Reina estaba justo detrás de ella, escuchando; así que siguió—: …probable que gane, que apenas vale la pena terminar el juego.

La Reina sonrió y pasó de largo.

—¿Con quién hablas? —dijo el Rey, acercándose a Alicia y mirando la cabeza del Gato con gran curiosidad.

—Es un amigo mío, un Gato de Cheshire —dijo Alicia—: permítame presentárselo.

—No me gusta nada su aspecto —dijo el Rey—; sin embargo, puede besarme la mano si quiere.

—Prefiero no hacerlo —observó el Gato.

—No seas impertinente —dijo el Rey—, ¡y no me mires así! —Se puso detrás de Alicia mientras hablaba.

—Un gato puede mirar a un rey —dijo Alicia—. Lo he leído en algún libro, pero no recuerdo dónde.

—Bueno, hay que retirarlo —dijo el Rey con mucha decisión, y llamó a la Reina, que pasaba en ese momento—: ¡Querida! ¡Quisiera que hicieras retirar a este gato!

La Reina solo tenía una manera de resolver todas las dificultades, grandes o pequeñas. —¡Que le corten la cabeza! —dijo, sin siquiera volverse.

—Iré yo mismo a buscar al verdugo —dijo el Rey con entusiasmo, y se marchó a toda prisa.

Alicia pensó que bien podía volver a ver cómo iba el juego, pues oía la voz de la Reina a lo lejos, chillando de furia. Ya la había oído condenar a muerte a tres jugadores por haber perdido su turno, y no le gustaba nada el cariz de las cosas, pues el juego estaba en tal confusión que nunca sabía si era su turno o no. Así que fue en busca de su erizo.

El erizo estaba enzarzado en una pelea con otro erizo, lo cual le pareció a Alicia una excelente oportunidad para golpear a uno con el otro; la única dificultad era que su flamenco se había ido al otro lado del jardín, donde Alicia lo veía intentando, de manera inútil, volar hasta un árbol.

Para cuando atrapó al flamenco y lo trajo de vuelta, la pelea había terminado, y los dos erizos habían desaparecido: «pero no importa mucho —pensó Alicia—, porque todos los arcos se han ido de este lado del campo». Así que se lo metió bajo el brazo, para que no se escapara otra vez, y volvió a charlar un poco más con su amigo.

Cuando regresó junto al Gato de Cheshire, se sorprendió al ver que se había reunido a su alrededor una multitud bastante grande: había una disputa entre el verdugo, el Rey y la Reina, que hablaban todos a la vez, mientras todos los demás estaban en silencio y parecían muy incómodos.

En cuanto apareció Alicia, los tres apelaron a ella para zanjar la cuestión, y le repitieron sus argumentos, aunque, como hablaban todos a la vez, le resultó muy difícil

entender exactamente lo que decían.

El argumento del verdugo era que no se podía cortar una cabeza si no había un cuerpo del que cortarla: que él nunca había tenido que hacer semejante cosa antes, y que no iba a empezar a su edad.

El argumento del Rey era que todo lo que tuviera cabeza se podía decapitar, y que no dijeran tonterías.

El argumento de la Reina era que, si no se hacía algo al respecto en menos que canta un gallo, mandaría ejecutar a todos, a la redonda. (Fue esta última observación la que hizo que todos tuvieran un aspecto tan grave y ansioso).

A Alicia no se le ocurrió nada más que decir que: —Es de la Duquesa: más vale que le pregunten a ella.

—Está en la cárcel —dijo la Reina al verdugo—: tráela aquí. —Y el verdugo salió disparado como una flecha.

La cabeza del Gato empezó a desvanecerse en cuanto él se fue, y para cuando volvió con la Duquesa había desaparecido por completo; así que el Rey y el verdugo corrieron como locos de un lado a otro buscándola, mientras el resto del grupo volvía al juego.

CAPÍTULO IX

La historia de la Falsa Tortuga

—¡No te imaginas cuánto me alegra volver a verte, querida vieja amiga! —dijo la Duquesa, metiendo cariñosamente su brazo bajo el de Alicia, y se alejaron juntas.

Alicia se alegró mucho de encontrarla de tan buen humor, y pensó que quizá solo la pimienta la había puesto tan salvaje cuando se encontraron en la cocina.

—Cuando yo sea Duquesa —se dijo (aunque no con tono muy esperanzado)—, no tendré nada de pimienta en mi cocina. La sopa va muy bien sin ella… Quizá sea siempre la pimienta lo que vuelve a la gente de mal genio —prosiguió, muy complacida de haber descubierto una nueva clase de regla—, y el vinagre lo que la vuelve agria… y la manzanilla lo que la vuelve amarga… y… y el azúcar cande y cosas así lo que hace dulces a los niños. Ojalá lo supiera la gente: entonces no serían tan tacaños con ello, ¿sabes?…

Para entonces había olvidado por completo a la Duquesa, y se sobresaltó un poco cuando oyó su voz muy cerca del oído. —Estás pensando en algo, querida, y eso te hace olvidar hablar. No puedo decirte ahora mismo cuál es la moraleja de eso, pero la recordaré dentro de un rato.

—Quizá no la tenga —se atrevió a comentar Alicia.

—¡Vamos, vamos, niña! —dijo la Duquesa—. Todo tiene su moraleja, si sabes encontrarla. —Y se apretó más contra el costado de Alicia mientras hablaba.

A Alicia no le gustaba mucho tenerla tan cerca: primero, porque la Duquesa era muy fea; y segundo, porque tenía exactamente la altura justa para apoyar la barbilla en el hombro de Alicia, y era una barbilla incómodamente afilada. Sin embargo, no quiso ser grosera, así que lo soportó como pudo.

—El juego va bastante mejor ahora —dijo, para mantener un poco la conversación.

—Así es —dijo la Duquesa—, y la moraleja de eso es: «¡Ay, es el amor, el amor, lo que mueve el mundo!».

—Alguien dijo —susurró Alicia— que lo que lo mueve es que cada cual se ocupe de lo suyo.

—¡Ah, bueno! Viene a significar casi lo mismo —dijo la Duquesa, clavando su barbilla afilada en el hombro de Alicia al añadir—, y la moraleja de eso es: «Cuida el sentido, y los sonidos se cuidarán solos».

—¡Cuánto le gusta encontrar moralejas en todo! —pensó Alicia.

—Seguro que te preguntas por qué no te rodeo la cintura con el brazo —dijo la Duquesa tras una pausa—: la razón es que tengo mis dudas sobre el genio de tu flamenco. ¿Probamos el experimento?

—Podría morder —respondió Alicia con cautela, sin ningún deseo de que se probara el experimento.

—Muy cierto —dijo la Duquesa—: los flamencos y la mostaza muerden. Y la moraleja de eso es: «Dios los cría y ellos se juntan».

—Solo que la mostaza no es un ave —observó Alicia.

—Tienes razón, como siempre —dijo la Duquesa—: ¡qué claridad tienes para decir las cosas!

—Es un mineral, creo —dijo Alicia.

—Por supuesto que lo es —dijo la Duquesa, que parecía dispuesta a estar de acuerdo con todo lo que decía Alicia—; hay una gran mina de mostaza cerca de aquí. Y la moraleja de eso es: «Cuanto más hay de lo mío, menos hay de lo tuyo».

—¡Ah, ya sé! —exclamó Alicia, que no había prestado atención a esta última observación—. Es un vegetal. No lo parece, pero lo es.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo la Duquesa—; y la moraleja de eso es: «Sé lo que quieres parecer»; o, si lo prefieres dicho más sencillamente: «Nunca imagines no ser otra cosa distinta de lo que a otros pudiera parecer que lo que eras o pudieras haber sido no fuera otra cosa distinta de lo que habías sido les habría parecido ser distinto».

—Creo que lo entendería mejor —dijo Alicia muy cortésmente— si lo tuviera por escrito: así como usted lo dice no puedo seguirlo del todo.

—Eso no es nada comparado con lo que podría decir si quisiera —respondió la Duquesa, con tono complacido.

—Por favor, no se moleste en decirlo más largo que eso —dijo Alicia.

—¡Ay, no hables de molestias! —dijo la Duquesa—. Te regalo todo lo que he dicho hasta ahora.

—¡Un regalo barato! —pensó Alicia—. ¡Me alegra que no den regalos de cumpleaños así! —Pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Pensando otra vez? —preguntó la Duquesa, con otro pinchazo de su afilada barbilla.

—Tengo derecho a pensar —dijo Alicia con aspereza, pues empezaba a sentirse algo preocupada.

—Más o menos el mismo derecho —dijo la Duquesa— que tienen los cerdos a volar; y la mo…

Pero aquí, para gran sorpresa de Alicia, la voz de la Duquesa se apagó, incluso en mitad de su palabra favorita, «moraleja», y el brazo que estaba enlazado con el suyo empezó a temblar. Alicia alzó la vista, y allí estaba la Reina frente a ellas, con los brazos cruzados, frunciendo el ceño como una tormenta.

—¡Hermoso día, Majestad! —empezó la Duquesa con voz baja y débil.

—Ahora te doy una advertencia justa —gritó la Reina, pisoteando el suelo mientras hablaba—: o te vas tú o se va tu cabeza, ¡y eso en menos que canta un gallo! ¡Elige!

La Duquesa eligió, y desapareció en un momento.

—Sigamos con el juego —le dijo la Reina a Alicia; y Alicia estaba demasiado asustada para decir palabra, y la

siguió lentamente de vuelta al campo de croquet.

Los demás invitados habían aprovechado la ausencia de la Reina y descansaban a la sombra; sin embargo, en cuanto la vieron, volvieron corriendo al juego, y la Reina se limitó a comentar que un momento de retraso les costaría la vida.

Mientras jugaban, la Reina no dejó de pelearse con los demás jugadores y de gritar «¡Que le corten la cabeza!» o «¡Que le corten la cabeza a ella!». A los que condenaba, los soldados los llevaban presos, y para ello, por supuesto, tenían que dejar de ser arcos, de modo que al cabo de media hora más o menos ya no quedaban arcos, y todos los jugadores, salvo el Rey, la Reina y Alicia, estaban detenidos y condenados a muerte.

Entonces la Reina se detuvo, sin aliento, y le dijo a Alicia: —¿Has visto ya a la Falsa Tortuga?

—No —dijo Alicia—. Ni siquiera sé qué es una Falsa Tortuga.

—Es de lo que se hace la Sopa de Falsa Tortuga —dijo la Reina.

—Nunca he visto una, ni he oído hablar de ella —dijo Alicia.

—Pues ven —dijo la Reina—, y te contará su historia.

Mientras se alejaban juntas, Alicia oyó al Rey decir en voz baja, a toda la compañía en general: —Están todos perdonados. —¡Vaya, eso es bueno! —se dijo, pues se había sentido muy desdichada por el número de ejecuciones que había ordenado la Reina.

Muy pronto dieron con un Grifo, tendido profundamente dormido al sol. (Si no saben lo que es un Grifo, es una criatura fabulosa, con cabeza y alas de águila y cuerpo de león). —¡Arriba, perezoso! —dijo la Reina—, y lleva a esta jovencita a ver a la Falsa Tortuga, y a oír su historia. Yo debo volver a ocuparme de unas ejecuciones que he ordenado. —Y se alejó, dejando a Alicia a solas con el Grifo. A Alicia no le gustaba mucho el aspecto de la criatura, pero en conjunto pensó que sería tan seguro quedarse con ella como ir tras aquella salvaje Reina: así que esperó.

El Grifo se incorporó y se frotó los ojos; luego observó a la Reina hasta que se perdió de vista; luego soltó una risita. —¡Qué risa! —dijo el Grifo, medio para sí, medio para Alicia.

—¿Qué es lo que da risa? —dijo Alicia.

—Pues ella —dijo el Grifo—. Son todo fantasías suyas: si nunca ejecutan a nadie, ¿sabes? ¡Ven!

—Aquí todos dicen «¡ven!» —pensó Alicia, mientras lo seguía lentamente—: nunca me habían dado tantas órdenes en mi vida, ¡nunca!

No habían ido muy lejos cuando vieron a la Falsa Tortuga a lo lejos, sentada, triste y solitaria, en una pequeña repisa de roca, y, al acercarse, Alicia la oyó suspirar como si se le fuera a partir el corazón. Sintió una profunda compasión. —¿Cuál es su pena? —le preguntó al Grifo, y el Grifo respondió casi con las mismas palabras de antes: —Son todo fantasías suyas: si no tiene pena ninguna, ¿sabes? ¡Ven!

Así que se acercaron a la Falsa Tortuga, que los miró con grandes ojos llenos de lágrimas, pero no dijo nada.

—Esta jovencita —dijo el Grifo—, ella quiere saber de tu historia, ella.

—Se la contaré —dijo la Falsa Tortuga con tono grave y hueco—: siéntense los dos y no digan una palabra hasta que termine.

Así que se sentaron, y nadie habló durante algunos minutos. Alicia pensó: —No veo cómo puede terminar, si no empieza. —Pero esperó con paciencia.

—Una vez —dijo por fin la Falsa Tortuga, con un hondo suspiro— fui una Tortuga de verdad.

A estas palabras siguió un silencio larguísimo, roto solo por una exclamación ocasional de «¡Hjckrrh!» del Grifo y por los constantes y pesados sollozos de la Falsa Tortuga. Alicia estuvo a punto de levantarse y decir: «Gracias, señor, por su interesante historia», pero no pudo evitar pensar que debía de haber más, así que se quedó sentada y no dijo nada.

—Cuando éramos pequeños —prosiguió por fin la Falsa Tortuga, más tranquila, aunque aún sollozaba un poco de vez en cuando— íbamos a la escuela en el mar. El maestro era una vieja Tortuga… le decíamos Tortura…

—¿Por qué le decían Tortura, si era una tortuga? —preguntó Alicia.

—Le decíamos Tortura porque nos torturaba —dijo la Falsa Tortuga con enojo—: ¡de verdad eres muy torpe!

—Debería darte vergüenza hacer una pregunta tan sencilla —añadió el Grifo; y entonces los dos se quedaron callados mirando a la pobre Alicia, que se sentía a punto de hundirse bajo tierra. Por fin el Grifo le dijo a la Falsa Tortuga: —¡Sigue, viejo! ¡No te pases todo el día! —y ella continuó con estas palabras:

—Sí, íbamos a la escuela en el mar, aunque quizá no lo creas...

—¡Yo nunca dije que no lo creyera! —interrumpió Alicia.

—Sí lo dijiste —dijo la Falsa Tortuga.

—¡Cierra la boca! —añadió el Grifo, antes de que Alicia pudiera hablar otra vez. La Falsa Tortuga prosiguió.

—Tuvimos la mejor educación... de hecho, íbamos a la escuela todos los días...

—Yo también he ido a una escuela de día —dijo Alicia—; no hace falta que te des tanta importancia.

—¿Con extras? —preguntó la Falsa Tortuga, algo ansiosa.

—Sí —dijo Alicia—, aprendíamos francés y música.

—¿Y lavandería? —dijo la Falsa Tortuga.

—¡Desde luego que no! —dijo Alicia indignada.

—¡Ah! Entonces la tuya no era una escuela realmente buena —dijo la Falsa Tortuga, con tono de gran alivio—. En la nuestra, al final de la cuenta ponía: «Francés, música y lavandería: extra».

—No les habría hecho mucha falta —dijo Alicia—, viviendo en el fondo del mar.

—Yo no podía permitirme aprenderla —dijo la Falsa Tortuga con un suspiro—. Solo seguí el curso normal.

—¿Y cuál era? —inquirió Alicia.

—Tambalear y Retorcer, por supuesto, para empezar —respondió la Falsa Tortuga—; y luego las diferentes ramas de la Aritmética: Ambición, Distracción, Afeación y Derisión.

—Nunca he oído hablar de «Afeación» —se atrevió a decir Alicia—. ¿Qué es?

El Grifo levantó ambas garras con sorpresa. —¡Cómo! ¡Nunca has oído hablar de afear! —exclamó—. Sabrás lo que es embellecer, supongo.

—Sí —dijo Alicia con duda—: significa… hacer… algo… más bonito.

—Bien, entonces —prosiguió el Grifo—, si no sabes lo que es afear, eres una simplona.

Alicia no se sintió animada a hacer más preguntas sobre el asunto, así que se volvió hacia la Falsa Tortuga y dijo: —¿Qué más tenían que aprender?

—Bueno, estaba la Histeria —respondió la Falsa Tortuga, contando las asignaturas con sus aletas—: Histeria antigua y moderna, con Marografía; luego Arrastre: el maestro de Arrastre era una vieja anguila que venía una vez por semana, y nos enseñaba a Arrastrar las palabras, a Estirarnos y a Desmayarnos en Espiral.

—¿Cómo era eso? —dijo Alicia.

—Bueno, yo no puedo mostrártelo —dijo la Falsa Tortuga—: estoy demasiado tiesa. Y el Grifo nunca lo aprendió.

—No tuve tiempo —dijo el Grifo—: fui al maestro de Clásicas, en cambio. Era un viejo cangrejo, ya lo creo.

—Yo nunca fui con él —dijo la Falsa Tortuga con un suspiro—: enseñaba Lamento y Grito, decían.

—Así era, así era —dijo el Grifo, suspirando a su vez; y ambas criaturas se escondieron la cara entre las garras.

—¿Y cuántas horas al día tenían lecciones? —dijo Alicia, con prisa por cambiar de tema.

—Diez horas el primer día —dijo la Falsa Tortuga—; nueve el siguiente, y así sucesivamente.

—¡Qué plan tan curioso! —exclamó Alicia.

—Por eso les dicen «lecciones» —observó el Grifo—: porque cada día hay menos lección.

Esto era una idea completamente nueva para Alicia, y lo pensó un poco antes de hacer su siguiente comentario. —Entonces el día once habría sido de vacaciones, ¿no?

—Claro que sí —dijo la Falsa Tortuga.

—¿Y cómo se las arreglaban el doce? —prosiguió Alicia con ansia.

—Ya basta de lecciones —interrumpió el Grifo en tono muy decidido—: cuéntale ahora algo de los juegos.

CAPÍTULO X

La cuadrilla de la Langosta

La Falsa Tortuga suspiró hondo y se pasó el dorso de una aleta por los ojos. Miró a Alicia e intentó hablar, pero durante un minuto o dos los sollozos le ahogaron la voz. —Como si tuviera una espina atravesada en la garganta —dijo el Grifo; y se puso a sacudirla y a darle puñetazos en la espalda. Por fin la Falsa Tortuga recobró la voz y, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, continuó:

—Quizá no hayas vivido mucho bajo el mar… —(—No he vivido —dijo Alicia)— …y quizá ni siquiera te hayan presentado nunca a una langosta… —(Alicia empezó a decir «Una vez probé…», pero se contuvo a toda prisa y dijo: «No, nunca») —…¡así que no puedes tener idea de lo delicioso que es una Cuadrilla de la Langosta!

—No, la verdad —dijo Alicia—. ¿Qué clase de baile es?

—Pues —dijo el Grifo—, primero se forma una fila a lo largo de la orilla del mar…

—¡Dos filas! —gritó la Falsa Tortuga—. Focas, tortugas, salmones, y así; luego, cuando has despejado de en medio todas las medusas…

—Eso suele llevar su tiempo —interrumpió el Grifo.

—…se avanza dos pasos…

—¡Cada uno con una langosta de pareja! —gritó el Grifo.

—Por supuesto —dijo la Falsa Tortuga—: se avanza dos pasos, se hace frente a la pareja…

—…se cambia de langosta y se retira en el mismo orden —continuó el Grifo.

—Luego, ¿sabes? —prosiguió la Falsa Tortuga—, se arrojan las…

—¡Las langostas! —gritó el Grifo, con un salto en el aire.

—…tan lejos mar adentro como se pueda…

—¡A nadar tras ellas! —chilló el Grifo.

—¡Se da una voltereta en el mar! —gritó la Falsa Tortuga, brincando como loca.

—¡Se cambia otra vez de langosta! —aulló el Grifo a voz en cuello.

—De vuelta a tierra, y esa es toda la primera figura —dijo la Falsa Tortuga, bajando de pronto la voz; y las dos criaturas, que habían estado saltando como locas todo ese tiempo, volvieron a sentarse muy tristes y calladas, y miraron a Alicia.

—Debe de ser un baile muy bonito —dijo Alicia con timidez.

—¿Te gustaría ver un poco? —dijo la Falsa Tortuga.

—Muchísimo —dijo Alicia.

—¡Vamos, probemos la primera figura! —le dijo la Falsa Tortuga al Grifo—. Podemos arreglárnoslas sin langostas, ¿sabes? ¿Quién canta?

—Ay, canta tú —dijo el Grifo—. Yo he olvidado la letra.

Así que se pusieron a bailar solemnemente alrededor de Alicia, pisándole los dedos de los pies de vez en cuando cuando pasaban demasiado cerca, y agitando las patas delanteras para marcar el compás, mientras la Falsa Tortuga cantaba esto, muy despacio y con tristeza:

—¿Podrías andar más rápido? —dijo una lija a un caracol—.
Un delfín viene detrás y me pisa la cola.
¡Mira con qué ansia las langostas y las tortugas avanzan!
Esperan en la playa… ¿te unes al baile o no?

¿Quieres, no quieres, quieres, no quieres, quieres bailar?
¿Quieres, no quieres, quieres, no quieres, no quieres bailar?

—No imaginas lo delicioso que será
cuando nos tomen y nos lancen, con las langostas, al mar.
Pero el caracol dijo «¡Muy lejos, muy lejos!» y miró de reojo;
dio las gracias a la lija, mas no quiso bailar.
No quiso, no pudo, no quiso, no pudo, no quiso bailar.
No quiso, no pudo, no quiso, no pudo, no pudo bailar.

—¿Qué importa cuán lejos vayamos? —replicó su amiga escamosa—.
Hay otra orilla, ¿sabes?, al otro lado del mar.
Cuanto más lejos de Inglaterra, más cerca de Francia estás:
no palidezcas, caracol querido, y ven a bailar.

¿Quieres, no quieres, quieres, no quieres, quieres bailar?
¿Quieres, no quieres, quieres, no quieres, no quieres bailar?

—Gracias, es un baile muy interesante de ver —dijo Alicia, muy contenta de que por fin hubiera terminado—; y me gusta muchísimo esa curiosa canción de la lija.

—Ah, en cuanto a las lijas —dijo la Falsa Tortuga—, las… las has visto, por supuesto.

—Sí —dijo Alicia—, las he visto muchas veces en el plat… —se contuvo a toda prisa.

—No sé dónde queda Plat —dijo la Falsa Tortuga—, pero si las has visto tantas veces, claro que sabes cómo son.

—Creo que sí —respondió Alicia pensativa—. Tienen la cola en la boca… y están todas cubiertas de pan rallado.

—Te equivocas con lo del pan rallado —dijo la Falsa Tortuga—: el pan rallado se les quitaría en el mar. Pero sí tienen la cola en la boca; y la razón es… —aquí la Falsa Tortuga bostezó y cerró los ojos—. Cuéntale tú lo de la razón y todo eso —le dijo al Grifo.

—La razón es —dijo el Grifo— que quisieron ir con las langostas al baile. Así que las lanzaron al mar. Así que tuvieron que caer desde muy alto. Así que se les quedó la cola bien metida en la boca. Así que no pudieron sacársela. Eso es todo.

—Gracias —dijo Alicia—, es muy interesante. Nunca había sabido tanto sobre una lija.

—Puedo contarte más que eso, si quieres —dijo el Grifo—. ¿Sabes por qué se llama lija?

—Nunca lo pensé —dijo Alicia—. ¿Por qué?

—Porque lija las botas y los zapatos —respondió el Grifo con mucha solemnidad.

Alicia estaba completamente desconcertada. —¡Lija las botas y los zapatos! —repitió con asombro.

—Pues sí, ¿con qué se hacen brillar tus zapatos? —dijo el Grifo—. Quiero decir, ¿qué los deja tan relucientes?

Alicia los miró y lo pensó un poco antes de responder. —Se lustran con betún, creo.

—Bajo el mar —prosiguió el Grifo con voz grave— las botas y los zapatos se lustran con lija. Ahora ya lo sabes.

—¿Y de qué están hechos? —preguntó Alicia con gran curiosidad.

—De suelas y anguilas, por supuesto —respondió el Grifo con cierta impaciencia—: cualquier camarón te lo habría dicho.

—Si yo hubiera sido la lija —dijo Alicia, cuyos pensamientos seguían con la canción—, le habría dicho al delfín: «Atrás, por favor: no queremos que vengas con nosotros».

—Estaban obligados a llevarlo con ellos —dijo la Falsa Tortuga—: ningún pez prudente iría a ninguna parte sin un delfín.

—¿De verdad? —dijo Alicia con gran sorpresa.

—Por supuesto —dijo la Falsa Tortuga—: si un pez viniera a decirme que va a hacer un viaje, yo le diría: «¿Con qué delfín?».

—¿No querrá decir «con qué fin»? —dijo Alicia.

—Quiero decir lo que digo —respondió la Falsa Tortuga con tono ofendido. Y el Grifo añadió: —Vamos, oigamos algunas de tus aventuras.

—Podría contarles mis aventuras, empezando desde esta mañana —dijo Alicia, algo tímida—, pero no sirve de nada volver a ayer, porque entonces yo era otra persona.

—Explica todo eso —dijo la Falsa Tortuga.

—¡No, no! Primero las aventuras —dijo el Grifo con impaciencia—: las explicaciones llevan un tiempo espantoso.

Así que Alicia empezó a contarles sus aventuras desde el momento en que vio por primera vez al Conejo Blanco. Al principio estaba un poco nerviosa, porque las dos criaturas se le acercaban tanto, una a cada lado, y abrían tanto los ojos y la boca, pero fue cobrando valor a medida que avanzaba. Sus oyentes estuvieron perfectamente callados hasta que llegó a la parte en que le recitó a la Oruga «Es usted viejo, padre Guillermo» y las palabras le salieron todas distintas, y entonces la Falsa Tortuga tomó un largo aliento y dijo: —Qué curioso.

—Todo es tan curioso como puede serlo —dijo el Grifo.

—¡Todo le salió distinto! —repitió la Falsa Tortuga con aire pensativo—. Me gustaría oírla intentar recitar algo ahora. Dile que empiece. —Miró al Grifo como si pensara que tenía cierta autoridad sobre Alicia.

—Ponte de pie y recita «Es la voz del perezoso» —dijo el Grifo.

—¡Cómo mandan estas criaturas, y cómo le hacen a una repetir lecciones! —pensó Alicia—. Tanto daría estar ya en la escuela. —Sin embargo, se levantó y empezó a recitarlo, pero tenía la cabeza tan llena de la Cuadrilla de la

Langosta que apenas sabía lo que decía, y las palabras salieron de verdad muy raras:

Es la voz de la Langosta; la oí proclamar:
«Me han tostado demasiado: me voy a azucarar».
Como el pato con sus párpados, ella con la nariz
se ajusta el cinto y los botones, y los pies sabe abrir.

[Ediciones posteriores continuaban así: «Cuando la arena está seca, es alegre como la alondra, y habla con tono desdeñoso del Tiburón; pero, cuando sube la marea y hay tiburones, su voz suena tímida y temblorosa»].

—Eso es distinto de lo que yo recitaba cuando era niño —dijo el Grifo.

—Pues yo nunca lo había oído —dijo la Falsa Tortuga—; pero suena a tontería fuera de lo común.

Alicia no dijo nada; se había sentado con la cara entre las manos, preguntándose si volvería a ocurrir alguna vez algo de manera natural.

—Me gustaría que me lo explicaran —dijo la Falsa Tortuga.

—No sabe explicarlo —dijo el Grifo a toda prisa—. Sigue con la siguiente estrofa.

—¿Pero y lo de los pies? —insistió la Falsa Tortuga—. ¿Cómo podría abrirlos con la nariz, ¿sabes?

—Es la primera posición del baile —dijo Alicia; pero estaba terriblemente desconcertada por todo aquello y ansiaba cambiar de tema.

—Sigue con la siguiente estrofa —repitió el Grifo con impaciencia—: empieza «Pasé junto a su jardín».

Alicia no se atrevió a desobedecer, aunque estaba segura de que todo saldría mal, y siguió con voz temblorosa:

Pasé junto a su jardín y vi, con un solo ojo,
cómo el Búho y la Pantera se repartían un pastel…

[Ediciones posteriores continuaban así: «La Pantera tomó la corteza, la salsa y la carne, mientras el Búho se quedó con el plato como parte del festín. Cuando el pastel se acabó, al Búho, como favor, se le permitió guardarse la cuchara en el bolsillo; mientras la Pantera recibía cuchillo y tenedor con un gruñido, y concluyó el banquete…»].

—¿De qué sirve recitar todas esas tonterías —interrumpió la Falsa Tortuga— si no las explicas a medida que avanzas? ¡Es lo más confuso que he oído en mi vida!

—Sí, creo que más vale que lo dejes —dijo el Grifo; y Alicia se alegró muchísimo de hacerlo.

—¿Probamos otra figura de la Cuadrilla de la Langosta? —prosiguió el Grifo—. ¿O prefieres que la Falsa Tortuga te cante una canción?

—Ay, una canción, por favor, si la Falsa Tortuga fuera tan amable —respondió Alicia, con tanto ardor que el Grifo dijo, en tono algo ofendido: —¡Hum! ¡Sobre gustos no hay nada escrito! Cántale «Sopa de Tortuga», ¿quieres, viejo?

La Falsa Tortuga suspiró hondo y empezó a cantar con voz a veces ahogada por los sollozos:

¡Sopa hermosa, rica y verde,
que esperas en la sopera caliente!
¿Quién por tales manjares no se rinde?

¡Sopa de la noche, hermosa Sopa!
¡Sopa de la noche, hermosa Sopa!
¡Her—mo—osa So—opa! ¡Her—mo—osa So—opa!
¡So—opa de la no—o—oche,
hermosa, hermosa Sopa!

¡Hermosa Sopa! ¿A quién le importan los peces,
la caza o cualquier otro plato?
¿Quién no daría todo lo demás por un par de monedas
de hermosa Sopa?
¿Un par de monedas de hermosa Sopa?
¡Her—mo—osa So—opa! ¡Her—mo—osa So—opa!
¡So—opa de la no—o—oche,
hermosa, hermo—¡SA SOPA!

—¡Otra vez el coro! —gritó el Grifo, y la Falsa Tortuga acababa de empezar a repetirlo cuando se oyó a lo lejos un grito de «¡Empieza el juicio!».

—¡Vamos! —gritó el Grifo, y, tomando a Alicia de la mano, salió corriendo sin esperar el final de la canción.

—¿Qué juicio es? —jadeó Alicia mientras corría; pero el Grifo solo respondió «¡Vamos!» y corrió más rápido, mientras llegaban cada vez más débiles, llevadas por la brisa que los seguía, las melancólicas palabras:

¡So—opa de la no—o—oche,
hermosa, hermosa Sopa!

CAPÍTULO XI

¿Quién robó las tartas?

El Rey y la Reina de Corazones estaban sentados en su trono cuando llegaron, con una gran multitud reunida a su alrededor: toda clase de pajarillos y animalitos, así como la baraja entera; la Sota estaba de pie frente a ellos, encadenada, con un soldado a cada lado que lo custodiaba; y junto al Rey estaba el Conejo Blanco, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra. Justo en medio de la sala había una mesa con una gran fuente de tartas encima: tenían tan buen aspecto que a Alicia le dio hambre solo de mirarlas. —Ojalá acabaran el juicio —pensó— ¡y repartieran los refrigerios! —Pero no parecía haber ninguna posibilidad de que así fuera, de modo que se puso a mirar todo lo que había a su alrededor, para pasar el rato.

Alicia nunca había estado en un tribunal de justicia, pero había leído sobre ellos en los libros, y le agradó descubrir que sabía el nombre de casi todo lo que había allí. —Ese es el juez —se dijo—, por su gran peluca.

El juez, por cierto, era el Rey; y como llevaba la corona sobre la peluca, no parecía nada cómodo, y desde luego no le quedaba bien.

—Y esa es la tribuna del jurado —pensó Alicia—, y esas doce criaturas —(se vio obligada a decir «criaturas»,

porque algunas eran animales y otras aves)— supongo que son los jurados. —Repitió esta última palabra dos o tres veces para sí, bastante orgullosa de ella: pues pensaba, y con razón, que muy pocas niñas de su edad sabían lo que significaba. Sin embargo, «miembros del jurado» habría servido igual de bien.

Los doce jurados escribían muy atareados en sus pizarras. —¿Qué hacen? —le susurró Alicia al Grifo—. No pueden tener nada que anotar todavía, antes de que empiece el juicio.

—Están anotando sus nombres —susurró el Grifo en respuesta— por miedo a olvidarlos antes de que acabe el juicio.

—¡Qué tontos! —empezó Alicia con voz fuerte e indignada, pero se detuvo a toda prisa, porque el Conejo Blanco gritó: —¡Silencio en la sala! —y el Rey se puso las gafas y miró alrededor con ansiedad para averiguar quién hablaba.

Alicia veía, tan bien como si estuviera mirando por encima de sus hombros, que todos los jurados escribían «¡qué tontos!» en sus pizarras, e incluso notó que uno de ellos no sabía cómo se escribía «tontos» y tenía que preguntárselo a su vecino. —¡Buen lío tendrán en las pizarras antes de que acabe el juicio! —pensó Alicia.

Uno de los jurados tenía un lápiz que chirriaba. Esto, por supuesto, Alicia no podía soportarlo, y rodeó la sala hasta ponerse detrás de él, y muy pronto encontró ocasión de quitárselo. Lo hizo tan deprisa que el pobre jurado (era Bill, el Lagarto) no pudo imaginar qué había sido de él; así

que, tras buscarlo por todas partes, se vio obligado a escribir con un dedo el resto del día; y esto servía de muy poco, pues no dejaba marca en la pizarra.

—¡Heraldo, lea la acusación! —dijo el Rey.

Con esto, el Conejo Blanco tocó tres veces la trompeta, desenrolló el pergamino y leyó lo siguiente:

La Reina de Corazones hizo unas tartas
un día de verano:
la Sota de Corazones robó las tartas
y se las llevó lejos.

—Consideren su veredicto —dijo el Rey al jurado.

—¡Todavía no, todavía no! —interrumpió el Conejo a toda prisa—. ¡Falta mucho antes de eso!

—Llame al primer testigo —dijo el Rey; y el Conejo Blanco tocó tres veces la trompeta y gritó: —¡Primer testigo!

El primer testigo era el Sombrerero. Entró con una taza de té en una mano y un trozo de pan con mantequilla en la otra. —Pido perdón a Su Majestad —empezó— por traer esto: pero no había terminado del todo mi té cuando me mandaron llamar.

—Debió haber terminado —dijo el Rey—. ¿Cuándo empezó?

El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo, que lo había seguido a la sala del brazo del Lirón. —El catorce de marzo, creo que fue —dijo.

—El quince —dijo la Liebre de Marzo.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

—El dieciséis —añadió el Lirón.

—Anótenlo —dijo el Rey al jurado, y el jurado anotó con ansia las tres fechas en sus pizarras, y luego las sumó y redujo la respuesta a chelines y peniques.

—Quítese el sombrero —dijo el Rey al Sombrerero.

—No es mío —dijo el Sombrerero.

—¡Robado! —exclamó el Rey, volviéndose al jurado, que tomó nota de inmediato.

—Los tengo para vender —añadió el Sombrerero a modo de explicación—; no tengo ninguno propio. Soy sombrerero.

Aquí la Reina se puso las gafas y se puso a mirar fijamente al Sombrerero, que palideció y se agitó.

—Declare —dijo el Rey—, y no se ponga nervioso, o lo haré ejecutar ahora mismo.

Esto no pareció animar en absoluto al testigo: no dejaba de cambiar el peso de un pie al otro, mirando con inquietud a la Reina, y en su confusión mordió un gran trozo de su taza en lugar del pan con mantequilla.

En ese momento Alicia sintió una sensación muy curiosa, que la desconcertó bastante hasta que descubrió qué era: estaba empezando a crecer otra vez, y al principio pensó que se levantaría y saldría de la sala; pero, pensándolo mejor, decidió quedarse donde estaba mientras hubiera sitio para ella.

—Ojalá no apretara tanto —dijo el Lirón, que estaba sentado a su lado—. Apenas puedo respirar.

—No puedo evitarlo —dijo Alicia con mucha mansedumbre—: estoy creciendo.

—No tiene derecho a crecer aquí —dijo el Lirón.

—No diga tonterías —dijo Alicia con más audacia—: usted sabe que también está creciendo.

—Sí, pero yo crezco a un ritmo razonable —dijo el Lirón—, no de esa manera ridícula. —Y se levantó muy malhumorado y cruzó al otro lado de la sala.

Todo este tiempo la Reina no había dejado de mirar al Sombrerero, y justo cuando el Lirón cruzaba la sala, le dijo a uno de los ujieres: —¡Tráeme la lista de los cantantes del último concierto! —ante lo cual el desdichado Sombrerero tembló tanto que se le salieron los dos zapatos.

—Declare —repitió el Rey con enojo—, o lo haré ejecutar, esté nervioso o no.

—Soy un pobre hombre, Majestad —empezó el Sombrerero con voz temblorosa—, y no había empezado mi té… no hace más de una semana o así… y con el pan con mantequilla cada vez más fino… y el tintineo del té…

—¿El tintineo de qué? —dijo el Rey.

—Empezó con el té —respondió el Sombrerero.

—¡Claro que tintineo empieza con T! —dijo el Rey con aspereza—. ¿Me toma por tonto? ¡Siga!

—Soy un pobre hombre —prosiguió el Sombrerero—, y casi todo tintineó después de eso… solo que la Liebre de Marzo dijo…

—¡Yo no! —interrumpió la Liebre de Marzo a toda prisa.

—¡Sí lo dijo! —dijo el Sombrerero.

—¡Lo niego! —dijo la Liebre de Marzo.

—Lo niega —dijo el Rey—: omitan esa parte.

—Bueno, en todo caso, el Lirón dijo… —prosiguió el Sombrerero, mirando con ansiedad a su alrededor para ver si también lo negaría: pero el Lirón no negó nada, pues estaba profundamente dormido.

—Después de eso —continuó el Sombrerero—, corté más pan con mantequilla…

—Pero ¿qué dijo el Lirón? —preguntó uno del jurado.

—Eso no lo recuerdo —dijo el Sombrerero.

—Tiene que recordarlo —observó el Rey—, o lo haré ejecutar.

El desdichado Sombrerero dejó caer la taza y el pan con mantequilla, y hincó una rodilla. —Soy un pobre hombre, Majestad —empezó.

—Es usted un pobrísimo orador —dijo el Rey.

Aquí uno de los conejillos de Indias aplaudió, y fue inmediatamente suprimido por los ujieres. (Como esa es una palabra bastante difícil, les explicaré cómo se hizo. Tenían un gran saco de lona, que se ataba por la boca con cordones: en él metieron al conejillo, de cabeza, y luego se sentaron encima).

—Me alegra haber visto esto —pensó Alicia—. He leído tantas veces en los periódicos, al final de los juicios: «Hubo algunos intentos de aplauso, que fueron inmediatamente suprimidos por los ujieres», y nunca

entendí lo que significaba hasta ahora.

—Si eso es todo lo que sabe, puede bajar —continuó el Rey.

—No puedo bajar más —dijo el Sombrerero—: ya estoy en el suelo.

—Entonces puede sentarse —replicó el Rey.

Aquí aplaudió el otro conejillo de Indias, y fue suprimido.

—¡Vaya, con esto se acabaron los conejillos de Indias! —pensó Alicia—. Ahora iremos mejor.

—Preferiría terminar mi té —dijo el Sombrerero, con una mirada ansiosa a la Reina, que leía la lista de cantantes.

—Puede irse —dijo el Rey, y el Sombrerero salió apresuradamente de la sala, sin esperar siquiera a ponerse los zapatos.

—…y que le corten la cabeza afuera —añadió la Reina a uno de los ujieres: pero el Sombrerero ya se había perdido de vista antes de que el ujier llegara a la puerta.

—¡Llamen al siguiente testigo! —dijo el Rey.

El siguiente testigo era la cocinera de la Duquesa. Llevaba la pimentera en la mano, y Alicia adivinó quién era incluso antes de que entrara en la sala, por cómo la gente cercana a la puerta empezó a estornudar a la vez.

—Declare —dijo el Rey.

—No quiero —dijo la cocinera.

El Rey miró con ansiedad al Conejo Blanco, que dijo en voz baja: —Su Majestad debe interrogar a esta testigo.

—Bueno, si debo, debo —dijo el Rey con aire melancólico, y, tras cruzar los brazos y fruncir el ceño a la cocinera hasta que casi se le perdieron los ojos de vista, dijo con voz grave—: ¿De qué se hacen las tartas?

—De pimienta, sobre todo —dijo la cocinera.

—De melaza —dijo una voz soñolienta detrás de ella.

—¡Agarren a ese Lirón! —chilló la Reina—. ¡Decapiten a ese Lirón! ¡Echen a ese Lirón de la sala! ¡Suprímanlo! ¡Pellízquenlo! ¡Que le corten los bigotes!

Durante algunos minutos toda la sala fue una confusión, sacando al Lirón, y para cuando se habían calmado de nuevo, la cocinera había desaparecido.

—¡No importa! —dijo el Rey, con aire de gran alivio—. Llamen al siguiente testigo. —Y añadió en voz baja a la Reina—: De verdad, querida, tienes que interrogar tú al siguiente testigo. ¡Me da dolor de cabeza!

Alicia observaba al Conejo Blanco mientras este manoseaba la lista, con mucha curiosidad por saber cómo sería el siguiente testigo. —...pues todavía no tienen muchas pruebas —se dijo. Imaginen su sorpresa cuando el Conejo Blanco leyó, con toda la fuerza de su vocecita aguda, el nombre: «¡Alicia!».

CAPÍTULO XII

La declaración de Alicia

—¡Presente! —gritó Alicia, olvidando por completo en el aturdimiento del momento lo grande que había crecido en los últimos minutos, y se levantó de un salto con tanta prisa que volcó la tribuna del jurado con el borde de la falda, derribando a todos los jurados sobre las cabezas de la multitud de abajo, donde quedaron despatarrados, recordándole mucho a una pecera de pececillos de colores que había volcado por accidente la semana anterior.

—¡Ay, les ruego que me perdonen! —exclamó con gran consternación, y empezó a recogerlos de nuevo tan deprisa como pudo, porque el accidente de la pecera no le salía de la cabeza, y tenía una vaga idea de que debían recogerse enseguida y devolverse a la tribuna del jurado, o morirían.

—El juicio no puede continuar —dijo el Rey con voz muy grave— hasta que todos los jurados estén de vuelta en sus lugares… todos —repitió con gran énfasis, mirando fijamente a Alicia al decirlo.

Alicia miró la tribuna del jurado y vio que, con las prisas, había metido al Lagarto de cabeza, y la pobre criaturita agitaba la cola de manera melancólica, incapaz de moverse. Pronto lo sacó y lo puso bien; «no es que importe mucho —se dijo—; me parece que sería igual de útil en el

juicio de una manera que de la otra».

En cuanto el jurado se recobró un poco del susto de haber sido volcado, y encontraron y les devolvieron sus pizarras y lápices, se pusieron a trabajar con mucha diligencia para escribir una historia del accidente, todos menos el Lagarto, que parecía demasiado abatido para hacer otra cosa que quedarse sentado con la boca abierta, mirando al techo de la sala.

—¿Qué sabe usted de este asunto? —dijo el Rey a Alicia.

—Nada —dijo Alicia.

—¿Nada en absoluto? —insistió el Rey.

—Nada en absoluto —dijo Alicia.

—Eso es muy importante —dijo el Rey, volviéndose al jurado. Estaban empezando a anotarlo en las pizarras cuando el Conejo Blanco interrumpió: —Poco importante, quiere decir Su Majestad, por supuesto —dijo con tono muy respetuoso, pero frunciendo el ceño y haciéndole muecas mientras hablaba.

—Poco importante, por supuesto, quería decir —se apresuró a decir el Rey, y siguió, en voz baja, para sí—: importante… poco importante… poco importante… importante… —como si probara qué palabra sonaba mejor.

Algunos del jurado escribieron «importante», y otros «poco importante». Alicia lo veía, porque estaba lo bastante cerca para mirar sus pizarras; «pero no importa nada», pensó para sí.

En ese momento el Rey, que llevaba un rato escribiendo con afán en su libreta, cacareó «¡Silencio!» y leyó de su libro: —Regla Cuarenta y dos. Toda persona de más de un kilómetro de altura debe abandonar la sala.

Todos miraron a Alicia.

—Yo no mido un kilómetro —dijo Alicia.

—Sí mide —dijo el Rey.

—Casi tres —añadió la Reina.

—Bueno, yo no me voy, en todo caso —dijo Alicia—; además, esa no es una regla en regla: se la acaba de inventar.

—Es la regla más antigua del libro —dijo el Rey.

—Entonces debería ser la Número Uno —dijo Alicia.

El Rey palideció y cerró su libreta a toda prisa. —Consideren su veredicto —dijo al jurado, con voz baja y temblorosa.

—Todavía queda una prueba, si place a Su Majestad —dijo el Conejo Blanco, levantándose de un salto con gran prisa—; acaban de recoger este papel.

—¿Qué contiene? —dijo la Reina.

—Todavía no lo he abierto —dijo el Conejo Blanco—, pero parece ser una carta, escrita por el prisionero a... a alguien.

—Tiene que ser eso —dijo el Rey—, a menos que esté escrita a nadie, lo cual no es habitual, ¿sabe?

—¿A quién va dirigida? —dijo uno de los jurados.

—No va dirigida a nadie —dijo el Conejo Blanco—; de hecho, no hay nada escrito por fuera. —Desdobló el papel mientras hablaba y añadió—: No es una carta, después de todo: es una serie de versos.

—¿Está en la letra del prisionero? —preguntó otro de los jurados.

—No, no lo está —dijo el Conejo Blanco—, y eso es lo más extraño del asunto. (El jurado entero parecía desconcertado).

—Debe de haber imitado la letra de otro —dijo el Rey. (El jurado entero se animó de nuevo).

—Con la venia de Su Majestad —dijo la Sota—, yo no lo escribí, y no pueden probar que lo hice: no hay firma al final.

—Si no lo firmó —dijo el Rey—, eso solo empeora las cosas. Debía de tener alguna mala intención, o habría firmado con su nombre como un hombre honrado.

Hubo un aplauso general: era la primera cosa realmente lista que el Rey decía ese día.

—Eso prueba su culpabilidad —dijo la Reina.

—¡No prueba nada de eso! —dijo Alicia—. ¡Si ni siquiera saben de qué tratan!

—Léanlos —dijo el Rey.

El Conejo Blanco se puso las gafas. —¿Por dónde empiezo, si place a Su Majestad? —preguntó.

—Empiece por el principio —dijo el Rey con gravedad—, y siga hasta llegar al final: entonces pare.

Estos fueron los versos que leyó el Conejo Blanco:

Me dijeron que habías ido a verla
  y que me mencionaste a él:
ella me dio buenas referencias,
  pero dijo que yo no sabía nadar.

Él les mandó decir que yo no había ido
  (sabemos que es verdad):
si ella insistiera en el asunto,
  ¿qué sería de ti?

Yo le di una, ellos le dieron dos,
  tú nos diste tres o más;
todas volvieron de él a ti,
  aunque antes eran mías.

Si yo o ella llegáramos a estar
  envueltos en este asunto,
él confía en ti para dejarlos libres,
  tal como éramos.

Mi idea era que habías sido
  (antes de que a ella le viniera este ataque)
un obstáculo que se interponía entre
  él, nosotros y ello.

No dejes que sepa que ella los prefería,
  pues esto siempre debe ser
un secreto, guardado de todos los demás,
  entre tú y yo.

—Esa es la prueba más importante que hemos oído hasta ahora —dijo el Rey, frotándose las manos—; así que ahora que el jurado…

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

—Si alguno de ellos puede explicarlo —dijo Alicia (había crecido tanto en los últimos minutos que no tenía ningún miedo de interrumpirlo)—, le daré seis peniques. Yo no creo que tenga ni un átomo de sentido.

Todo el jurado anotó en sus pizarras: «Ella no cree que tenga ni un átomo de sentido», pero ninguno intentó explicar el papel.

—Si no tiene sentido —dijo el Rey—, eso nos ahorra un mundo de trabajo, ¿saben?, pues no tenemos que tratar de encontrárselo. Y sin embargo, no sé —prosiguió, extendiendo los versos sobre la rodilla y mirándolos con un ojo—; me parece ver algún sentido en ellos, después de todo. «…dijo que yo no sabía nadar…» usted no sabe nadar, ¿verdad? —añadió, volviéndose hacia la Sota.

La Sota sacudió la cabeza con tristeza. —¿Tengo aspecto de saber? —dijo. (Y desde luego no lo tenía, pues estaba hecho enteramente de cartón).

—Bien, hasta aquí —dijo el Rey, y siguió murmurando los versos para sí—: «Sabemos que es verdad…» eso es el jurado, por supuesto… «Yo le di una, ellos le dieron dos…» claro, eso debe de ser lo que hizo con las tartas, ¿saben?…

—Pero sigue: «todas volvieron de él a ti» —dijo Alicia.

—¡Pues ahí están! —dijo el Rey con aire triunfal, señalando las tartas de la mesa—. Nada puede ser más claro. Y luego otra vez… «antes de que a ella le viniera este ataque»… usted nunca ha tenido ataques, ¿verdad, querida? —dijo a la Reina.

—¡Nunca! —dijo la Reina furiosa, arrojándole un tintero al Lagarto mientras hablaba. (El desdichado Bill había dejado de escribir con un dedo en su pizarra, al ver que no dejaba marca; pero ahora volvió a empezar a toda prisa, usando la tinta que le chorreaba por la cara, mientras duró).

—Entonces las palabras no le vienen —dijo el Rey, mirando a su alrededor con una sonrisa. Hubo un silencio sepulcral.

—¡Es un juego de palabras! —añadió el Rey con tono ofendido, y todos rieron. —Que el jurado considere su veredicto —dijo el Rey, por la vigésima vez ese día.

—¡No, no! —dijo la Reina—. Primero la sentencia… el veredicto después.

—¡Qué disparate! —dijo Alicia en voz alta—. ¡Qué idea, la de dar la sentencia primero!

—¡Cierra la boca! —dijo la Reina, poniéndose morada.

—¡No quiero! —dijo Alicia.

—¡Que le corten la cabeza! —gritó la Reina a voz en cuello. Nadie se movió.

—¿A quién le importan ustedes? —dijo Alicia (había alcanzado ya su tamaño natural)—. ¡No son más que una baraja de cartas!

Con esto, toda la baraja se alzó por el aire y cayó volando sobre ella: dio un gritito, mitad de miedo y mitad de rabia, y trató de quitárselas de encima, y se encontró tendida en la orilla, con la cabeza en el regazo de su

hermana, que le quitaba con suavidad unas hojas secas que habían caído revoloteando de los árboles sobre su cara.

—¡Despierta, querida Alicia! —dijo su hermana—. ¡Vaya, qué sueño tan largo has tenido!

—¡Ay, he tenido un sueño tan curioso! —dijo Alicia, y le contó a su hermana, lo mejor que pudo recordarlas, todas estas extrañas Aventuras suyas que acaban de leer; y cuando terminó, su hermana la besó y dijo: —Fue un sueño curioso, querida, sin duda; pero ahora corre a tomar tu merienda; se hace tarde. —Así que Alicia se levantó y se fue corriendo, pensando mientras corría, y con razón, qué sueño tan maravilloso había sido.

Pero su hermana se quedó sentada como la había dejado, con la cabeza apoyada en la mano, mirando la puesta de sol y pensando en la pequeña Alicia y en todas sus maravillosas Aventuras, hasta que ella también empezó a soñar, a su manera, y este fue su sueño:

Primero soñó con la propia pequeña Alicia, y otra vez las manitas se cruzaban sobre su rodilla, y los ojos brillantes y ansiosos la miraban a los suyos; podía oír hasta los tonos de su voz, y ver aquel curioso gesto de echar la cabeza hacia atrás para apartar el pelo rebelde que siempre se le metía en los ojos; y, mientras seguía escuchando, o creía escuchar, todo el lugar a su alrededor cobró vida con las extrañas criaturas del sueño de su hermanita.

La hierba alta crujió a sus pies cuando pasó corriendo el Conejo Blanco; el asustado Ratón chapoteó por el charco vecino; oyó el tintineo de las tazas de té mientras la Liebre

de Marzo y sus amigos compartían su interminable comida, y la voz aguda de la Reina ordenando que se llevaran a la ejecución a sus desdichados invitados; una vez más el bebé-cerdo estornudaba en las rodillas de la Duquesa, mientras platos y fuentes se estrellaban a su alrededor; una vez más el chillido del Grifo, el chirrido del lápiz de pizarra del Lagarto y el ahogo de los conejillos de Indias suprimidos llenaron el aire, mezclados con los sollozos lejanos de la desdichada Falsa Tortuga.

Así siguió sentada, con los ojos cerrados, medio creyéndose en el País de las Maravillas, aunque sabía que bastaba abrirlos de nuevo para que todo se transformara en la realidad aburrida: la hierba solo crujiría con el viento, y el charco solo se rizaría al mecerse los juncos; las tazas tintineantes se volverían cencerros de ovejas, y los agudos gritos de la Reina, la voz del muchacho pastor; y el estornudo del bebé, el chillido del Grifo y todos los demás ruidos extraños se convertirían (lo sabía) en el confuso clamor del ajetreado corral, mientras el mugido del ganado a lo lejos ocuparía el lugar de los pesados sollozos de la Falsa Tortuga.

Por último, se imaginó cómo esta misma hermanita suya sería, andando el tiempo, una mujer hecha y derecha; y cómo conservaría, durante todos sus años más maduros, el corazón sencillo y cariñoso de su infancia; y cómo reuniría a su alrededor a otros niños pequeños, y haría brillar sus ojos, ansiosos, con muchos cuentos extraños, quizá incluso con el sueño del País de las Maravillas de hace tanto tiempo; y cómo compartiría todas sus sencillas penas y

encontraría placer en todas sus sencillas alegrías, recordando su propia vida de niña y los felices días de verano.

Notas de la traducción

Nombres. Mantuvimos «Alicia» y «Dina» (en inglés, *Alice* y *Dinah*). Los animales llevan los nombres tradicionales en español: el Conejo Blanco, el Lirón, la Liebre de Marzo, el Sombrerero, la Falsa Tortuga, el Grifo y el Gato de Cheshire.

El Dodo y el Loro. El *Dodo* es un ave extinta de la isla Mauricio; Carroll se retrató a sí mismo en él (tartamudeaba al decir su apellido: «Do-Do-Dodgson»). El *Lory* es una especie de loro.

La carrera de comité. En inglés *Caucus-race*: un *caucus* es una reunión política donde nadie llega a ninguna parte. Aquí se tradujo como «carrera de comité».

Cola y cuento. En el Capítulo III, *tale* (cuento) y *tail* (cola) suenan igual en inglés, y de ahí que Alicia imagine el cuento del Ratón con forma de cola. En español la coincidencia no existe: se conservó la imagen del poema con forma de cola, pero el chiste fonético se pierde.

«Lo encontró». En el Capítulo III, el Pato entiende mal *found it advisable* (juzgó conveniente) como «encontró algo». Se reprodujo el equívoco con «lo encontró».

Poemas y parodias. Los versos que recita Alicia son parodias de poemas morales muy conocidos en la Inglaterra de la época: «Cómo la abejita laboriosa» (de Isaac Watts), «Es usted viejo, padre Guillermo» (de Robert Southey), «Brilla, brilla, murciélago» (de «Twinkle, twinkle, little star»), «Es la voz del perezoso» (de Watts) y «Sopa hermosa» (de una canción popular). Se tradujeron con rima donde fue posible. En el Capítulo II se parodia «Cómo mejora el pequeño

cocodrilo».

Cerdo y cuerdo. En el Capítulo VI, el Gato pregunta *pig or fig* (cerdo o higo). Se cambió por «cerdo o cuerdo», que además conecta con el tema de la locura.

La Falsa Tortuga. *Mock Turtle* es una referencia a la «sopa de falsa tortuga», un plato victoriano hecho con ternera. En el Capítulo IX, *Tortoise / taught us* (galápago / nos enseñaba) se sustituyó por «Tortura / nos torturaba».

Las asignaturas del mar. En el Capítulo IX hay asignaturas disparatadas. *Reeling and Writhing* parodia *Reading and Writing* (Leer y Escribir): «Tambalear y Retorcer». Las operaciones aritméticas *Ambition, Distraction, Uglification, Derision* (por *Addition, Subtraction, Multiplication, Division*) se rehicieron como Ambición, Distracción, Afeación y Derisión. *Mystery* (por *History*) pasó a «Histeria»; *Seaography* (por *Geography*), a «Marografía»; *Drawling, Stretching, Fainting in Coils* (por *Drawing, Sketching, Painting in Oils*), a «Arrastrar las palabras, Estirarse y Desmayarse en Espiral»; y *Laughing and Grief* (por *Latin and Greek*), a «Lamento y Grito».

Lecciones. *Lessons* y *lessen* (disminuir) suenan parecido en inglés. En español se jugó con «lección» y «cada día hay menos lección»; el equívoco original no se conserva.

La lija. El pez que canta en la canción de la Cuadrilla de la Langosta es una *whiting* (pescadilla), que en inglés suena como «lo que blanquea» y por eso, según el Grifo, «hace las botas y los zapatos». En español se usó la «lija», pez y también material para sacar brillo. *Soles and eels* (por *soles and heels*: suelas y tacones) se tradujo como «suelas y

anguilas».

Delfín y fin. *Porpoise* (marsopa) y *purpose* (propósito) suenan casi igual en inglés. Se reprodujo el equívoco con «delfín» y «fin».

Sacar. En el Capítulo VII, el Lirón dice que las hermanitas aprendían a *draw*, que en inglés significa a la vez «dibujar» y «sacar (agua)». En español se usó «sacar», que admite «sacar melaza» y, de manera forzada, «sacar retratos». Las cosas que empiezan con M se adaptaron al español.

El tintineo del té. *Twinkling of the tea* («el centelleo del té») se tradujo como «el tintineo del té», para que «té» y «tintineo» empiecen por la misma letra, como exige la broma del Rey.

Juego de palabras final. El Rey dice que los versos «no le vienen» a la Reina: *fit* significa «ataque» y también «encajar». Se usó «venir»: «le viniera este ataque» y «no le vienen».



LeyThra

Lee. Comprende. Crece.

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Alicia en el País de las Maravillas · Lewis Carroll (1865) · Obra de dominio público. Traducción al español latinoamericano preparada por LeyThra.

leythra.com